

**DIÓCESIS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

SEGUIR A JESUCRISTO EN ESTA IGLESIA

**CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

CUARESMA–PASCUA DE RESURRECCIÓN, 1989

SUMARIO

INTRODUCCIÓN

1. El motivo
2. El contenido
3. El desarrollo
4. Finalidad y destinatarios

I.- LOS DIFERENTES NIVELES DE LA ADHESIÓN A LA IGLESIA

1. El grupo de la adhesión renovada
2. El grupo de la adhesión «fiel y silenciosa»
3. El grupo de la adhesión «crítica y tensa»
4. El grupo de la adhesión dolorida y nostálgica
5. El grupo de la adhesión desvanecida
6. El grupo de la adhesión inexistente

II.- CARA Y CRUZ DE LA ADHESIÓN ECLESIAL

1. Los aspectos positivos
 - 1.1. La adhesión lúcida y activa
 - 1.2. El sentido de pertenencia
 - 1.3. El deseo de una Iglesia más evangélica
 - 1.4. La inquietud religiosa
 - 1.5. La crítica purificadora
2. Los aspectos preocupantes
 - 2.1. La fragmentación de la adhesión católica
 - a) los síntomas
 - b) la identificación del fenómeno
 - c) la interpretación del fenómeno

- 2.2. El déficit de aliento colectivo
- 2.3. La crítica social e intraeclesial
 - a) la crítica social
 - b) la crítica intraeclesial

III.- SENTIDO Y ALCANCE DE NUESTRA FE EN LA IGLESIA

- 1. Creer en la Iglesia es descubrir su verdadero misterio
- 2. Creer en la Iglesia es aceptarla como espacio de salvación
- 3. Creer en la Iglesia es aceptarla como medio de salvación
- 4. Creer en la Iglesia es aceptarla como sujeto primordial de la fe
- 5. Creer en la Iglesia es aceptarla como necesaria y relativa

IV.- ALGUNOS CRITERIOS DE DISCERNIMIENTO DE LA ADHESIÓN ECLESIAL

- 1. Una Iglesia visible y espiritual
 - 1.1. La Iglesia visible
 - 1.2. La Iglesia institución
 - 1.3. Institución y carisma
- 2. Una Iglesia santa y necesitada de purificación
 - 2.1. El pecado en la Iglesia
 - 2.2. La santidad en la Iglesia
 - 2.3. La crítica exterior e interior en la Iglesia
- 3. Una Iglesia variable e inmutable
 - 3.1. Lo inmutable en la Iglesia
 - 3.2. Iglesia y cambio
- 4. Servir al mundo y construir la comunidad eclesial
 - 4.1. La tentación del eclesiocentrismo
 - 4.2. La presencia específica en la sociedad
- 5. Una Iglesia en comunión y en contradicción con el mundo
 - 5.1. La Iglesia del Nuevo Testamento, comunidades alternativas
 - 5.2. La Iglesia en nuestro mundo
 - a) Anunciar a Jesús
 - b) Ser «sacramento del mundo»
 - c) Colaborar con el mundo
 - d) La contradicción con el mundo

V.- PERFIL TEOLÓGICO DE LA ADHESIÓN ECLESIAL

- 1. El contenido de la adhesión eclesial
- 2. Los motivos de la adhesión eclesial
- 3. Rasgos de la adhesión eclesial

VI.- HACIA UNA ADHESIÓN ECLESIAL RENOVADA

1. Purificar la Iglesia
 - 1.1. Purificar la realidad de la Iglesia
 - 1.2. Purificar los signos de la Iglesia
 - 1.3. Purificar el rostro de la Iglesia

2. Cultivar los elementos de la adhesión eclesial
 - 2.1. Conocer a la Iglesia
 - 2.2. Estimar a la Iglesia
 - a) El sentimiento de pertenencia
 - b) El afecto y la confianza
 - 2.3. Comprometerse con la Iglesia
 - a) Celebrar la fe
 - b) Conducta moral
 - c) El compromiso apostólico

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

Queridos hermanos:

Constituye ya en nuestras diócesis una costumbre arraigada el encuentro cuaresmal de pastores y fieles en torno al texto de una Carta Pastoral extensa y temática. En ella los obispos de Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria ofrecemos cada año a nuestras comunidades un contenido preciso y unos cauces concretos para la conversión postulada por el Espíritu en este tiempo saludable.

El tema de nuestra reflexión de 1989 es la Iglesia. No es la primera vez que abordamos su tratamiento. En la Cuaresma de 1983 os escribimos una pastoral titulada *La Iglesia, comunidad evangelizadora*. Nuestro propósito consiste en completar aquella exposición e iluminar con mayor detenimiento algunos problemas relevantes del momento.

1. El motivo

¿Por qué volvemos sobre el tema de la Iglesia? Si es propiedad del Señor, servidora del mundo y signo del Reino de Dios, ¿no es exagerado consagrarle esta atención explícita y reiterada?

No es nuestra intención brindar a nuestra querida comunidad eclesial ningún honor indebido. Otros motivos graves y serios concentran hoy nuestra atención sobre ella. Quisiéramos explicitarlos sucintamente en el prólogo mismo de esta Carta.

La fe en el Dios de Jesús en un ambiente de increencia ha sido el punto central de nuestros últimos documentos cuaresmales. La Iglesia es, por vocación, comunidad creyente consagrada a ser signo y estímulo de esta fe en medio de la sociedad. Pero muchos círculos distantes de la vida eclesial no la perciben así. Antes bien, la Iglesia concreta parece resultar para bastantes contemporáneos una estrella apagada que no conduce a la fe e incluso para algunos un contrasigno que entorpece el itinerario de los hombres y mujeres de hoy hacia el encuentro con Jesucristo.

No podemos subestimar este fenómeno grave y extendido. Porque es para toda la comunidad cristiana motivo de reflexión y conversión. Y, porque la adhesión a la Iglesia no es un elemento accesorio, sino condición necesaria y elemento integrante de la fe católica. Por estos motivos nuestra Carta intenta abordarlo noble y frontalmente. No pretende ocultar los defectos de nuestra Iglesia ni parapetarse en una defensa cerrada de lo indefendible. Intenta únicamente ayudar a seguir a Jesús en esta Iglesia.

2. El contenido

El motivo así explicitado nos ilumina a la hora de circunscribir el tema de nuestra reflexión creyente. Dentro del ancho mar de la realidad y problemas de la Iglesia, nos invita a elegir la *adhesión* a ella como punto central de toda la exposición.

Precisemos, de entrada, el sentido y el alcance rigurosos de esta expresión capital acuñada por las ciencias humanas y apliquémosla al caso concreto de la adhesión a una comunidad, cual es la Iglesia. Se trata de una actitud de espíritu extremadamente rica. Compromete, en efecto, la mente, el corazón y la voluntad del ser humano.

Adherirnos a una comunidad es, en primer lugar, saber que, al tiempo que nos pertenece, nosotros pertenecemos a ella. El *sentido de pertenencia* es un elemento de toda verdadera adhesión. A través de ésta percibimos que una comunidad, que nos desborda y nos trasciende, reclama nuestra vinculación.

Pero la adhesión es algo más que un mero saberse vinculado. Es un *reconocimiento del valor y del sentido* que tiene para nosotros la comunidad a la que nos adherimos. En otras palabras: esta comunidad, lejos de resultarnos cada o irrelevante, suscita en nosotros un alto nivel de estima.

A la estima va unida la *confianza* en su competencia y en su honestidad. Esta confianza nos induce a fiarnos y a apoyarnos en ella. Se extiende, en circunstancias ordinarias, a sus líderes o responsables.

La confianza se entrelaza con el *afecto*, conquistando de este modo el corazón de los adheridos. Uno de los caracteres mayores de este afecto es un espíritu de familia, en virtud del cual las dichas y desdichas de la comunidad se tornan alegrías y tristezas de sus componentes.

La adhesión, en fin, alcanza los dinamismos operativos de la persona, traduciéndose así en un *compromiso activo* con la comunidad. Tal compromiso se expresa, en primer lugar, en la aceptación exterior e interior de sus criterios o convicciones fundamentales y de sus pautas de comportamiento. Se manifiesta igualmente en la cooperación del sujeto en los proyectos y actividades comunitarias.

Felizmente todos estos elementos, que constituyen una adhesión sana y robusta, se encuentran presentes y activos en muchos miembros y grupos de la comunidad eclesial. Hemos de confesar, con todo, que en otros muchos encontramos una patología que alcanza a uno, a varios y, en algunos casos, a muchos elementos de la adhesión. Se difumina, en ocasiones, el sentido de pertenencia y en su lugar se instala la desafección. Languidece en otras, la estima y ocupan su puesto la indiferencia y el menosprecio. Se cuarteja la confianza y surge, en contrapartida, el recelo. Se debilita el afecto y es sustituido por la agresividad o la indiferencia. Se quiebra el compromiso y llenan su hueco la pasividad y las adhesiones parciales.

Esta adhesión eclesial, con sus luces y sus sombras, sus principios inspiradores y sus aplicaciones concretas, va a ser, pues, el objeto central de nuestra comunicación.

3. El desarrollo

Siguiendo un método que nos es bastante habitual, esbozaremos, ante todo, un *diagnóstico* de la situación. Este diagnóstico tendrá un primer momento descriptivo que retratará los diferentes tipos de adhesión que encontramos en nuestras comunidades cristianas y las actitudes más salientes ante la Iglesia que registramos en círculos extendidos de la sociedad (1ª parte). El diagnóstico se cierra, en un segundo momento, con un balance que, tras recoger los aspectos más luminosos del cuadro diseñado, evoca los puntos especialmente sombríos y preocupantes e intenta analizarlos y comprenderlos antes de valorarlos precipitadamente (2ª parte).

Tras el diagnóstico, abordaremos un *discernimiento cristiano*. Éste se abrirá con una reflexión sobre el alcance y los límites de la fe en la Iglesia (3ª parte). Propondrá inmediatamente algunos criterios para valorar adecuadamente nuestra adhesión eclesial (4ª parte). Esbozará un cuadro del contenido, de los motivos y de los rasgos principales de la adhesión a la Iglesia (5ª parte).

Diagnóstico y discernimiento desembocan en un *proyecto de conversión*. En él queremos trazar algunas líneas que orienten el esfuerzo de los creyentes destinado a purificar su adhesión a la Iglesia y los pasos de la entera comunidad cristiana encaminados a convertirse en un signo más transparente del Reino de Dios (6ª parte).

4. Finalidad y destinatarios

El motivo de la Carta nos insinúa ya su finalidad: suscitar aquella adhesión *eclesial* postulada por la naturaleza y la misión de la Iglesia. Una adhesión *cristiana*, igualmente alejada de la mitificación y de la descalificación. Una adhesión *lúcida y serena* que sepa ver críticamente sus luces y sombras con objetividad y con equilibrio. Una adhesión *cálida* que ame a la Iglesia concreta y real con el afecto del corazón, como a un patrimonio que le pertenece. Una adhesión *fiel* que acoja e interiorice el mensaje y el proyecto de su Iglesia. Una adhesión *activa* que contribuya con toda la persona a hacerla más «respetable» y más «amable».

Nuestro escrito tiene ante sí a *varios interlocutores o destinatarios*. En primer término, aquellos cuya adhesión eclesial es sólida y rica. Queremos ayudarles a apreciar este don, a liberarlo de cualquier posible adherencia de pasividad o de conformismo y, sobre todo, a entregarse generosamente a la inmensa tarea de enriquecer y purificar para bien de todos el gran signo de la Iglesia. En segundo término, deseamos dialogar con los creyentes molestos e insatisfechos en el seno de la comunidad eclesial. Quisiéramos dejarnos interpelar por sus críticas con toda apertura y formularles con toda libertad nuestras observaciones. En tercer lugar, tenemos ante nosotros a los creyentes que no conservan ya

lazos habituales con la comunidad eclesial. Deseamos comprender el porqué de su lejanía y comentarles las graves consecuencias que esta desconexión tiene para la fe que aún mantienen. Por fin, deseamos conectar con aquellas franjas sociales que no se sienten pertenecientes a la Iglesia y formulan frente a ella, desde esta distancia, serias reservas. Nos proponemos escuchar con toda seriedad estas reservas e invitarles, con la misma seriedad, a una mayor cercanía mutua que esperamos sea saludable para unos y otros.

I.- LOS DIFERENTES NIVELES DE LA ADHESIÓN A LA IGLESIA

Una primera mirada a la sociedad y a la Iglesia nos permite ya descubrir, en el tema que nos ocupa, una amplia gama de actitudes que van desde la desafección indiferente hasta la adhesión encendida. Podemos encontrar encarnadas estas diversas actitudes en grupos eclesiales y sociales de fisonomía diferente.

Nos proponemos ahora identificar estos grupos y describir los rasgos más destacados de su adhesión eclesial. Estos rasgos no son exclusivos de un solo grupo, pero sí son dominantes y característicos en cada uno de ellos.

1. El grupo de la adhesión renovada

Nos encontramos ante un grupo eclesial bastante homogéneo y minoritario, pero vigoroso y creciente.

Está viviendo un itinerario que va de la pertenencia eclesial heredada a la pertenencia personal; de la acostumbrada naturalidad de ser fieles de la Iglesia a la gozosa novedad de descubrirse miembros de la Iglesia.

Su vinculación a la Iglesia tiene para ellos más densidad y relieve que otras vinculaciones cívicas importantes. La Iglesia es su «gran familia». En ella refrescan el sentido de la vida y los motivos para esperar y trabajar.

Son conscientes de las debilidades y mediocridades de la comunidad y de sus pastores, sin que tal consciencia congele en ellos un movimiento de fundamental confianza. La Iglesia para ellos es humana, pero es más que humana. Un afecto fresco y gozoso, ajeno a todo resentimiento, les conduce a alegrarse sinceramente de sus avances y a apenarse de sus tropiezos.

Ciudadanos de esta sociedad concreta e impregnados de su sensibilidad, no siempre sintonizan fácilmente con algunas formulaciones doctrinales y morales de la Iglesia. Pero esta tensión, nacida de su pertenencia simultánea a la comunidad humana y a la comunidad cristiana, es bien asumida y superada. Una actitud hecha de fidelidad y libertad es su talante habitual.

Participan activamente en la vida eclesial. Encuentran en la Iglesia espacios de relación más cálidos y cauces de colaboración más abiertos que en la sociedad.

Tres factores son, ordinariamente, los responsables de esta adhesión renovada. El primero es la formación. Ella les hace comprender de manera más vital y estimuladora la fe católica y, por supuesto, su eclesialidad. El segundo es la oración compartida. Ella va creando una nueva sensibilidad para percibir lo que se oculta a la mirada de otros muchos. El tercero es el compromiso apostólico. Su implicación activa en la Iglesia favorece su identificación con ella. Estos tres factores han generado en su interior una *nueva experiencia de Iglesia*.

Este grupo tiene también sus tentaciones eclesiales. Una consiste en cierta inclinación al eclesiocentrismo. La realidad secular puede quedar desdibujada ante la realidad eclesial. La sensibilidad para con los grandes problemas de la sociedad puede palidecer ante la sensibilidad, más acusada, para con los problemas de la Iglesia. La preferencia por el compromiso intraeclesial sobre el compromiso cívico puede ser un indicador de esta inclinación.

2. El grupo de la adhesión «fiel y silenciosa»

Estamos ante un grupo mucho más numeroso y más heterogéneo que el anterior. Dentro de él la calidad creyente y eclesial es muy desigual. Pero todos sus miembros presentan algunos caracteres comunes.

El primer elemento común es su relativa satisfacción con respecto a la Iglesia. El nivel de descontento es bajo y ocasional. Es un grupo que no pide mucho a la comunidad ni a sus pastores: ni talante evangélico, ni denuncia profética, ni compromisos heroicos.

Son practicantes habituales que piden principalmente a la Iglesia unos servicios religiosos que les proporcionan luz, consuelo y fortaleza. Conciben su colaboración al sostenimiento económico de su iglesia como una contraprestación elemental, que ofrecen de buen grado.

En general asimilan bien las renovaciones y cambios eclesiales, porque se fían de sus pastores, que son «los que saben». La Iglesia «tiene que adaptarse». Con todo, se sienten aturridos a veces por modificaciones que tocan cosas muy sensibles de la fe heredada de los mayores. Pero se reponen bastante fácilmente de estas conmociones.

Por debajo de sus rasgos comunes encontramos aquí dos subgrupos bien diferentes. Uno, formado por gentes de honda fibra religiosa, de fina conciencia moral y de arraigada vinculación eclesial. Son, con frecuencia, personas de condición social y cultural humilde. Nuestros proyectos de formación permanente no se acomodan a sus necesidades y deseos. Pero tienen una exquisita sensibilidad para el Evangelio. Son los «pobres de Yahvé», que escuchan con atención, aceptan con sencillez y responden con generosidad. Su eclesialidad es, como el conjunto de su fe, sencilla y sana.

El otro subgrupo está constituido también por gente formada en una tradición religiosa intensa y envolvente. Mantiene buena parte del legado heredado, con sus virtudes, pero también con sus deficiencias. He aquí las que nos parecen más reseñables.

La primera es el individualismo religioso. La Iglesia es para ellos una agrupación en la que se congregan las personas individualmente religiosas para responder más adecuadamente a sus aspiraciones comunes.

La segunda es la conciencia de ser principalmente destinatarios, no sujetos activos de la acción de la Iglesia. Ésta, particularmente a través de sus ministros, les asegura los servicios que ellos esperan de la comunidad cristiana.

La tercera es el «espíritu de contrato»: su adhesión creyente al Dios vivo y a la comunidad de Jesús parecen reguladas más por el pacto calculado que por la entrega desinteresada.

La cuarta es la debilidad misionera. Situados en el interior de su iglesia, experimentan sólo de modo tenue el impulso y el reclamo de ofrecer a los distantes su fe y su comunidad.

En suma, tal vez se ajusten mejor al modelo de «fieles de la religión católica» que al de seguidores de Jesús en la comunidad de su Iglesia.

Encuestas y sondeos denotan, que este subgrupo, ampliamente mayoritario en el pasado, está declinando bastante aceleradamente. La fe y la eclesialidad de sus componentes será cada vez más difícil, si no se desplaza hacia zonas de adhesión más consistentes.

3. El grupo de la adhesión «crítica y tensa»

Congrega una minoría, aunque activa y relevante, de la Iglesia actual. Su práctica religiosa se realiza con frecuencia separada de la gran comunidad. Sensibles a los valores éticos del mensaje cristiano y afines a connotaciones sociales y políticas situadas en la izquierda, viven su compromiso cristiano en áreas cívicas no eclesiales.

Su conciencia de pertenecer a la Iglesia es viva, pero incómoda y sufriente. La crítica a la comunidad cristiana y a sus responsables es bastante habitual y recia. Se despliega a través de conductos intraeclesiales y, con alguna frecuencia, a través de medios de comunicación social cercanos a sus posiciones.

Esta crítica alcanza, en primer lugar, al conjunto de la comunidad cristiana. La tachan, fundamentalmente, de mediocridad. Tal mediocridad se manifiesta, sobre todo, en una fe poco personal y poco contrastada con la sensibilidad moderna. Además, en un compromiso ético preferentemente individual y débilmente social.

La crítica se dirige especialmente a los responsables, en los cuales detectan actitudes autoritarias incompatibles con el espíritu democrático requerido por el Evangelio y la sensibilidad social: los derechos humanos exigidos en la sociedad no son respetados en la Iglesia. Encuentran a sus pastores recelosos ante todo verdadero cambio eclesial en la doctrina, en la moral o en la disciplina: los teólogos abiertos son marginados y reducidos al silencio. Ven a sus dirigentes eclesiales poco sensibles a las capas populares y plegados a los poderes fácticos económicos y políticos: obispos y poderosos de este mundo están de acuerdo en puntos capitales como la validez del modelo capitalista, la legitimidad de los bloques armados y la defensa del orden social.

Según el parecer de este grupo, comunidad y pastores están viviendo –en el seno de una sociedad que tiende a regresar hacia la derecha– un intenso proceso de «involución eclesial», dirigido desde Roma y secundado en amplias zonas por una porción del pueblo cristiano y una mayoría creciente de los responsables. El resto se muestra medroso, dócil y condescendiente con el «centralismo romano», que quiere asegurar la cohesión de la Iglesia universal mediante la vuelta a la uniformidad en torno a las viejas seguridades del pasado.

4. El grupo de la adhesión dolorida y nostálgica

Son justamente estas viejas seguridades las que añoran los componentes del grupo que ahora describimos. Según su visión, la Iglesia ha cambiado demasiado. Ya no es lo que era. Ha ido perdiendo tres cualidades capitales que constituían su grandeza: claridad meridiana, unidad monolítica y respetabilidad social.

La Iglesia era diáfana en su doctrina dogmática y moral, y en su código disciplinar. Ofrecía el testimonio de actuar «como un solo hombre» en todas sus manifestaciones. Era reverenciada por los poderes de todo género y respetada por el pueblo sencillo. Hoy este universo eclesial está dislocado.

La causa fundamental de este desajuste es, en opinión del grupo citado, la acomodación exagerada al mundo y su pasión desmedida por incorporar la novedad. En este punto muchos pastores han sido poco clarividentes: creían que el esfuerzo de acomodación favorecería la aceptación de su mensaje. De este modo, el mensaje político ha sustituido al Evangelio en la predicación y en la pastoral. Junto a la clarividencia, ha faltado fortaleza. Presionados por corrientes mundanas que han penetrado por las ventanas de la Iglesia, los obispos y presbíteros han sido débiles para oponerse a ellas. El temor a la etiqueta de «desfasados» ha congelado su función correctora.

No todos los pastores son, pues –según este grupo–, igualmente merecedores de confianza. En medio de la confusión es preciso seleccionar a los fiables. En muchos casos es más seguro prescindir de los obispos y presbíteros propios y recurrir al Vicario de Cristo, que, con su magisterio intenso, ilumina prácticamente todas las dimensiones y problemas de la existencia.

El grupo a que nos estamos refiriendo, también minoritario, es bastante homogéneo. Se trata de personas de una intensa práctica religiosa y de un código de comportamiento moral exigente, sobre todo en los aspectos de moral individual y familiar. Aceptan mental y cordialmente la doctrina tradicional de la Iglesia. Manifiestan una inclinación a considerar a su propia tendencia eclesial como la única legítima.

Su misma nostalgia por la Iglesia del pasado se inscribe en el contexto global de una nostalgia de los tiempos pasados. Sus realizaciones políticas, culturales, sociales, económicas y religiosas les resultan más familiares.

Una porción apreciable de dicha tendencia eclesial está agrupada en diversas organizaciones. En tal caso sus líderes o fundadores realizan para sus afilia-

dos muchas funciones propias de los pastores: marcan las líneas doctrinales y las pautas del comportamiento colectivo.

5. El grupo de la adhesión desvanecida

Cuatro son las características más acusadas de este grupo. La primera es el abandono de la práctica religiosa habitual, que ha quedado reducida a momentos especiales de la existencia por su importancia (nacimiento, matrimonio y muerte) o su dramatismo (acontecimientos dolorosos o gozosos de extraordinaria intensidad). Tal abandono, motivado por diversos factores (como el desarraigo de la parroquia de origen, la creciente importancia y organización del ocio en los fines de semana, la desaparición de todo clima social favorable e incluso la aparición de un clima desfavorable a la práctica), es señal inequívoca de un desapego afectivo y efectivo de su comunidad eclesial.

Al abandono de la práctica acompaña frecuentemente una desconfianza en la institución eclesial y sus responsables. Veamos algunas de las reservas más acusadas.

La educación recibida de la Iglesia es percibida retrospectivamente por ellos como un proyecto de dominación ideológica, incompatible con la dignidad de la conciencia y el desarrollo autónomo de la persona. Más que una comunidad al servicio de la sociedad, la Iglesia les parece un gigantesco ente de reflejos corporativistas que defiende más o menos discretamente sus propios intereses en un mundo en el que cada grupo procura extraer para sí el máximo provecho. En este sentido la Iglesia se mostraría más preocupada por la escuela católica que por la calidad de la escuela; más sensible a su propio sustento económico que al problema del paro; más inquieta por su peso social decreciente que por la marcha de esta sociedad. Incluso sus intervenciones en problemas cívicos parecerían más tocadas de un afán de recuperar protagonismo que de un deseo de aportar a la comunidad.

La fe personal de los componentes de este grupo, desasistida del riego de la práctica religiosa y erosionada lentamente por la desconfianza en la institución eclesial, se confina en la vida privada de estos creyentes y, dentro de ella, ocupa solamente una parcela, a veces muy reducida. Carente de casi todo contraste con la fe de la comunidad, se vuelve cada día menos precisa y más subjetiva.

Con todo, en la entraña religiosa de estos creyentes desvanecidos, subsisten, aunque pueda parecer paradójico, dos rasgos de valor incalculable. Uno es el recurso habitual o esporádico, a veces bien intenso, a la oración. El otro es el sentimiento de seguir perteneciendo a la comunidad grande de la Iglesia. En las encuestas se autodenominan «católicos no practicantes». Todo parece indicar que desean pertenecer a una comunidad que sobrepasa los grupos, las clases y las nacionalidades, dotada de una perennidad por encima de la sucesión de las épocas históricas.

6. El grupo de la adhesión inexistente

Estamos ante un grupo de talla numérica creciente. El sentido de pertenencia eclesial se ha desvanecido casi por completo. El vínculo de la práctica ocasional se ha fracturado. A los sentimientos agresivos que, a su manera delataban una relación aún subsistente, ha sucedido la indiferencia, no siempre exenta de una antipatía cordial bastante moderada, que sólo se enciende de indignación o de impaciencia ante determinadas intervenciones de la Iglesia en la vida social.

La imagen que este grupo tiene de la Iglesia es realmente dura. La Iglesia se caracterizaría, en primer lugar, por su ambición. La perciben como un colectivo que intenta retener ávidamente parcelas del gran poder que ha detentado hasta un pasado muy reciente. La confesionalidad encubierta del Estado, la escuela católica, la prensa confesional, las leyes que protegen la «moral judeo-cristiana» serían los últimos despojos, todavía importantes, de aquel inmenso imperio. El segundo rasgo de la Iglesia sería su inmovilismo. Los responsables pretenderían anclarla en su vieja tradición dogmática: la doctrina de siempre, la moral de siempre, la disciplina de siempre ligeramente retocadas. Las bases se sentirían perplejas entre la obediencia a sus dirigentes y la adaptación a la vida social.

La Iglesia es, además, según este grupo, escasamente participativa. El autoritarismo de la jerarquía que se cree investida de poderes de lo alto y el dócil conformismo del pueblo cristiano congelan dentro de ella la corresponsabilidad y el reparto del poder.

Para este grupo, las perspectivas de futuro de la Iglesia no son muy risueñas. A pesar de su envergadura actual, subsiste gracias a su enorme vigencia en el pasado. Es una realidad residual, aunque todavía se mantiene en pie como los árboles corpulentos ya envejecidos. De hecho, las franjas más activas de la población se han apeado en buena parte. En los foros sociales más vivos su influencia es muy pálida. El futuro de la Iglesia consiste, a lo sumo, en subsistir como un gigantesco club de actividades privadas (encaminadas a satisfacer las «necesidades religiosas» de sus socios), dedicado a tareas caritativas y sociales de tono menor. Ayudarle a morir o a reducirse a su cuadrícula es un alto servicio social.

II.- CARA Y CRUZ DE LA ADHESIÓN ECLESIAL

La descripción de la adhesión eclesial y sus problemas no aquieta todavía nuestra voluntad de comprender. Necesitamos extraer del panorama retratado aquellos rasgos que merecen ser destacados por su generalidad o su importancia. Nos proponemos ahora analizarlos con un detenimiento mayor, rastrear el trasfondo de estos fenómenos: su origen, sus afectos y su significación.

1. Los aspectos positivos

Encontramos, en primer lugar, en el cuadro esbozado, estilos de adhesión que saludamos con alegría como un regalo de Dios a su Iglesia y que leemos con esperanza como un signo de la presencia de su Espíritu. Reseñamos escuetamente los más acusados.

1.1. La adhesión lúcida y activa

La adhesión eclesial, no sólo sana y robusta sino lúcida y activa de una porción de la Iglesia, compuesta mayoritariamente de laicos. Asistimos a la emergencia de un laicado vigoroso y fresco que, en número muy superior al de épocas pasadas, asume y pide responsabilidades en la comunidad cristiana y participa con abnegación y entusiasmo. Su resurgir es reflejo y efecto de una nueva conciencia eclesial.

1.2. El sentido de pertenencia

La tenacidad con que, en ambientes con frecuencia tan adversos, se mantiene la fidelidad católica de muchos. El recio sentido de pertenencia y el vivo afecto hacia la Iglesia son sus caracteres más señalados. La participación en la liturgia, la colaboración económica, la coherencia intentada entre fe y vida, la disponibilidad para convocatorias eclesiales y el testimonio sencillo y valeroso de eclesialidad brindado en medios refractarios a la fe son sus expresiones más notables.

1.3. El deseo de una Iglesia más evangélica

La ambición, que anida en muchos cristianos, de una Iglesia más conforme con el Evangelio, más dialogante con el mundo, más cercana a los pobres y más preocupada por la paz. Asimismo, la inquietud de otros cristianos porque la Iglesia de hoy y de mañana no pierda, en sus tentativas de renovación, valores evangélicos importantes resaltados en la tradición.

1.4. La inquietud religiosa

La persistencia de la inquietud religiosa en nuestra sociedad, lejos de disolverse surge y resurge contra todo pronóstico con vigor renovado en el corazón mismo de una conciencia contemporánea, transformada por el desarrollo científico y la industrialización. Renace con sus ambigüedades y ambivalencias y, un tanto por libre, al margen de las instituciones religiosas. Pero ese fondo

religioso es un activo precioso para que pueda seguir resonando en el interior del hombre la propuesta de la fe cristiana. Y por tanto, mientras esta propuesta despierte un eco en el corazón del hombre, la comunidad cristiana podrá seguir ofreciéndole su propio proyecto comunitario.

1.5. La crítica purificadora

El mismo debate público en torno a la Iglesia no es, a pesar de su crudeza, totalmente negativo. El que la Iglesia sea «sentada en el banquillo» tiene también su vertiente saludable. Favorece el paso del grito intemperante a la palabra comedida, necesario en una sociedad que ha vivido largo tiempo bajo la tutela eclesiástica. Somete a la Iglesia a un humilde, provechoso y purificador examen de conciencia.

2. Los aspectos preocupantes

2.1. La fragmentación de la adhesión católica

a) Los síntomas

Pero la adhesión eclesial, sus oscuridades y debilidades, está sometida a un proceso de desintegración que no queremos ignorar.

Este proceso afecta, en primer lugar, a la misma *fe de la Iglesia*. Un número creciente de creyentes de condición diferente se resiste a aceptar a la Iglesia como instancia normativa de la fe, que discierne lo auténtico de lo inauténtico, lo fundamental de lo necesario, lo inmutable de lo variable. Es el mismo sujeto creyente quien se erige en «selector» del mensaje presentado por la Iglesia y asigna, según su propio criterio, un coeficiente de adhesión, de duda o de rechazo a cada una de las proposiciones de este mensaje.

Afirmaciones absolutamente centrales de la fe cristiana, como la misma condición divina de Jesús, son puestas en entredicho por bastantes católicos. Mayor escepticismo despiertan todavía las relativas a la presencia del Señor en su Iglesia o a la vida más allá de la muerte. Pero la tendencia a hacer pasar las verdades católicas por el filtro de la propia subjetividad se extiende a todo el mensaje.

Un fenómeno todavía más extendido nos parece el desacuerdo entre la normativa moral propugnada por la Iglesia y los criterios de comportamiento adoptados por muchos de sus miembros, incluso practicantes y militantes. El problema principal no es la distancia entre normas y comportamiento; esta distancia ha existido y existirá siempre. Lo verdaderamente preocupante es *la falta de correspondencia entre normas eclesiales y pautas de comportamiento*. Existe hoy, en una muchedumbre de cristianos, una notable dificultad para aceptar mental y vitalmente la normativa eclesial. Esta dificultad se extiende incluso a algunos de los principios inspiradores de tal normativa.

No en todas las áreas del comportamiento se experimenta el mismo grado de dificultad. Tal vez la sima más llamativa se abre en el terreno de la moral

sexual y familiar. El control de la natalidad, las relaciones prematrimoniales, la fidelidad conyugal e incluso el respeto a la vida humana ya concebida se rigen a menudo por criterios discordantes de lo establecido por el magisterio moral de la Iglesia. Es muy común calificar dicho magisterio de rigorista y poco actualizado. Más aún: la misma autoridad de la Iglesia como instancia moral en terrenos «tan privados y tan íntimos» es puesta en entredicho.

Aunque no de manera tan clamorosa ni tan extendida, percibimos en otros ambientes esta misma resistencia ante el magisterio social de la Iglesia.

El desmarque doctrinal y moral de muchos creyentes está revelando ya un problema de *confianza en la Iglesia y más concretamente en sus pastores*. La nativa confianza general del pasado se ha enrarecido en muchos ambientes cívicos y eclesiales, y ha sido suplantado por un clima bastante generalizado de sospecha.

No se trata simplemente de la dificultad para admitir la pretensión de infalibilidad de la comunidad eclesial: una institución puede mantener intacta la confianza de los suyos a pesar de no ser infalible. Ni se trata de una decepción ante las debilidades de la Iglesia: la gente sabe confiar a pesar de la debilidad. Se trata de una duda que afecta al fondo mismo, a la «buena fe» de la Iglesia, a su credibilidad social.

El descenso drástico de la práctica religiosa es tal vez el fenómeno más inmediatamente visible. Tiene su termómetro principal en la Eucaristía dominical. Pero se refleja también en la práctica sacramental del Matrimonio, del Bautismo y de la Penitencia. Afecta de manera especial a determinadas generaciones juveniles y adultas, aunque deja sentir sus efectos en otros niveles generacionales de mayor y menor edad.

El descenso de la práctica es signo de una adhesión debilitada. Cuando se relajan los vínculos con la comunidad se altera el ritmo ordinario de la participación en sus reuniones. Pero es, al mismo tiempo, causa de un mayor debilitamiento de la adhesión. El sentimiento de pertenencia queda desgarnecido cuando le falta el riego y el abono del encuentro regular con la comunidad.

b) La identificación del fenómeno

Antes de completar el cuadro de los aspectos preocupantes, intentemos contemplar estos cuatro grandes síntomas con una mirada más penetrante y unificadora. Nos parece que todos ellos son reveladores de un fenómeno al que podemos calificar como *fragmentación y reducción de la adhesión católica*.

La fe, el comportamiento moral, la práctica religiosa y la identificación institucional con la Iglesia constituyen una constelación de elementos que, no sin tensiones y ajustes continuos, se equilibran y se potencian mutuamente en el interior del creyente y en el seno de la comunidad. Tienen su propia cohesión. En épocas de gran conmoción cultural, si la comunidad religiosa no cuenta con poderosos principios interiores y exteriores de unidad, esta constelación se descoyunta: sus elementos «se salen de órbita» y siguen trayectorias autónomas. La coherencia y unidad del comportamiento global quedan cuarteadas.

Remitido cada elemento a su propia dinámica, va perdiendo espesor e identidad. El contenido católico de cada uno de estos elementos se va erosionando en contacto con la propia subjetividad y las poderosas corrientes ambientales. Cada individuo o cada grupo se va haciendo su propio «plato combinado» en el que se encuentran con mayor o menor coherencia «su» fe, «sus» criterios morales, «su» práctica religiosa y «sus» sentimientos de pertenencia. Estamos ante un cristianismo «a la carta». El creyente que vive este proceso se parece al comprador que va completando su cesta a base de ir recogiendo en los diferentes estantes del supermercado los productos que responden a sus necesidades, gustos e intereses.

c) La interpretación del fenómeno

¿Cómo comprender más adecuadamente este fenómeno tan importante y tan preocupante?

Ciertamente procesos como los descritos no son del todo ajenos al comportamiento de la misma Iglesia. Una pastoral que no insista suficientemente en la necesaria trabazón entre los diversos elementos de la experiencia creyente facilitará su desintegración. Si el culto se vuelve tedioso y desconectado de la vida; si la doctrina moral se muestra en exceso minuciosa y poco atenta a las nuevas circunstancias; si el mensaje aparece escasamente actualizado; si la comunidad es percibida como poco relevante y atractiva; si los pastores resultan lejanos y poco asequibles, no será extraño que la experiencia creyente se descomponga.

Pero los factores más determinantes no son sólo intraeclesiales, sino culturales. En primer lugar, no podemos olvidar que vivimos en una sociedad que ha puesto en crisis las adhesiones globales, es decir, aquéllas que vinculan toda la persona a una única causa. El hombre y la mujer viven hoy inmersos en muchas comunidades, cada una de las cuales tiene sus propios fines y sus propias reglas. La fragmentación de la vida ha facilitado la fragmentación de la conciencia. El clima cultural imperante dificulta las adhesiones globales y favorece las adhesiones parciales. Con todo sigue siendo verdad que la misma exigencia de unidad interior está pidiendo adherirse a una comunidad de referencia que le ayude al hombre a articular la pluralidad de pertenencias.

Por otro lado, la cultura moderna resalta fuertemente el valor de la subjetividad. Llevada al límite, esta tendencia reconoce como valioso para la persona sólo lo que sintoniza con su sensibilidad y sus apetencias. Aplicada al terreno religioso se manifiesta en una mentalidad según la cual cada creyente debe recrear la fe por sí mismo. En esta atmósfera, la adhesión que puede recabar una institución como la Iglesia que intenta socializar y fijar su oferta religiosa y moral se reduce notablemente.

Añadamos a estos dos factores la dificultad, para la actual sensibilidad, de traducir y asimilar formulaciones teológicas y, sobre todo, morales, acuñadas en tiempos pasados en los que la imagen del mundo y el modo de vida eran tan diferentes de los nuestros. La siempre difícil aceptación de las opciones de nuestra fe y de las exigencias del Evangelio se torna todavía más difícil.

La crisis religiosa del momento presente guarda, en fin, estrecha relación con este fenómeno. En efecto, es el vigor de la vivencia religiosa el que anima por dentro y mantiene trabadas la práctica cultural, la conducta, la fe y la identificación con la Iglesia. Al igual que un sistema solar se desmorona cuando se apaga el astro central que funda y alimenta la cohesión, los diversos elementos del comportamiento eclesial se deshilachan cuando por causas múltiples se enfría la vivencia de la fe. La crisis religiosa comporta siempre una crisis de adhesión eclesial.

2.2. El déficit de aliento colectivo

Si el fenómeno de la fragmentación afecta sobre todo –aunque no exclusivamente– a los creyentes distantes del núcleo de la Iglesia, el déficit de aliento colectivo afecta de manera muy viva a los núcleos eclesiales más implicados. Intentemos acercarnos a él para comprenderlo.

Un grupo tiene una alta imagen de sí mismo cuando intuye y valora su misión, entiende que está básicamente respondiendo a ella y se siente con fuerzas para continuarla.

Ahora bien, estos tres elementos parecen bastante desdibujados en amplios sectores eclesiales. La viva conciencia de misión se debilita fácilmente cuando la comunidad cristiana percibe que la sociedad valora cada vez menos su mensaje y su misión específica. La convicción de estar a la altura de esta misión se desvanece cuando la Iglesia toma conciencia, a veces casi enfermiza, de sus errores del pasado y de sus insuficiencias del presente. La imagen de su propio vigor palidece cuando la comunidad cristiana se encuentra cada día con la impotencia interior y la resistencia exterior ante la evangelización.

Esta imagen devaluada induce un estado anímico poco propicio al entusiasmo y al coraje. La comunidad tiende a que «le dejen vivir en el mundo», y no tanto a «hacer vivir al mundo». La pretensión de ser para el mundo una comunidad de contraste, que ve de manera alternativa y estimuladora, se congela en su misma raíz y es percibida como una ambición desmedida para el momento presente. Los tiempos de «moral colectiva baja» en una comunidad, ponen en crisis la cohesión y la adhesión y estimulan el reflejo del «sálvese quien pueda». Los sentimientos colectivos de miedo, de impotencia, de agresividad y de culpabilidad se desatan y resquebrajan los vínculos existentes. La figura de Tomás, el apóstol, descolgado de su grupo en el momento de la prueba, y la imagen de un colegio apostólico encerrado en el Cenáculo y tentado por la dispersión, se vuelven muy actuales.

2.3. La crítica social e intraeclesial

Este clima de baja moral colectiva es propenso a la crítica interior y sensible a la crítica exterior. La crítica «desde fuera y desde dentro» ha existido siempre en la Iglesia. No obstante, su amplitud y su intensidad constituyen un fenómeno nuevo. Confinado hasta hace pocos años en determinados ambientes sociales como las clases trabajadoras, hoy este clamor es bastante común. Recogido, formulado y extendido por muchos medios de comunicación social, se vuelve, por la eficacia de estos amplificadores, más intenso.

a) La crítica social

La crítica social, cuyo pliego de cargos recogemos más adelante, tiene, entre nosotros, unas causas bien precisas. Nuestra sociedad ha vivido hasta fechas recientes bajo la tutela de la Iglesia. La progresiva secularización de la sociedad se ha visto acompañada de un lógico proceso de *emancipación* que, inevitablemente, comporta un momento de difícil relación del emancipado con la entidad tutelar. La libertad se estrena siempre entre tensiones. Los individuos y los grupos tienen que aprender a administrarla, y los antiguos tutores a reconocerla y a propiciarla. La crítica intensamente negativa del momento presente puede ser el síntoma de este momento difícil.

Pero la nuestra no es simplemente una sociedad que va llegando a su condición adulta. Hay en ella una memoria histórica que, con razón o sin ella, pasa factura y acusa a la Iglesia. Unos recuerdan que jerarcas destacados de la Iglesia se alinearon durante la pasada guerra civil en un bando contrario al suyo y que en la larga posguerra no defendieron aspiraciones y derechos bien fundamentales de los individuos, los grupos sociales y los pueblos. Otros interpretan el esfuerzo postconciliar de la Iglesia por distanciarse del poder como una nueva forma de caer en un partidismo de signo diferente.

Estas dos sensibilidades revisten en Euskalerría gran intensidad y especiales características. Para unos, obispos y presbíteros vienen siendo proclives a la tesis del nacionalismo vasco y le ofrecen una indebida cobertura legitimadora. Para otros, son tibios y ambiguos en la defensa de unos valores culturales y de unos derechos políticos que reclaman un compromiso positivo de la Iglesia.

Junto a los agravios que vienen del pasado, no faltan tampoco en el presente algunos temas candentes que favorecen el descrédito social de la Iglesia. Las penosas noticias en torno a irregularidades en las finanzas vaticanas, los frecuentes ecos de nulidades matrimoniales obtenidas de manera fraudulenta y los frenazos de la autoridad eclesiástica a movimientos doctrinales o pastorales de avanzada parecen ser algunos de los puntos a los que más sensibles se muestra la opinión pública.

Todos estos factores han generado tres actitudes socialmente bastante extendidas: la antipatía, el resentimiento y, últimamente, el menosprecio. Los medios de comunicación social reflejan en parte este estado anímico de la sociedad. Y al mismo tiempo refluyen sobre dicho estado, acrecentándolo y atizándolo.

El clima social incide sobre la misma comunidad cristiana. Desde este «cuarto poder» llueve con frecuencia una crítica tan acerada contra la comunidad cristiana pasada y presente, que provoca acomplejamiento culpable o, al menos, perplejidad en una porción del pueblo de Dios.

b) La crítica intraeclesial

A la crítica formulada desde espacios y claves sociales es preciso agregar otra, de cuño diferente, desde espacios y claves eclesiales. Hemos recogido ya sus temas fundamentales. Éstas nos parecen las razones que explican la fuerza de la crítica interna.

En primer lugar, el fenómeno de la opinión pública, característica de las sociedades evolucionadas, se ha aclimatado también en la Iglesia. En segundo lugar, el espíritu del Vaticano II ha consagrado el diálogo y la autocrítica como elementos legítimos y necesarios dentro de la comunidad cristiana. Por otra parte, un laicado más adulto y más comprometido con la comunidad eclesial ha asumido una voz propia, no siempre acorde con la voz oficial o predominante. Las debilidades y mediocridades de la comunidad cristiana ofrecen, asimismo, motivos y ocasión para un ejercicio de la función profética dentro de la comunidad. Hay que reseñar, por fin, cierto complejo de culpabilidad eclesial que, en algunas personas y grupos, necesita descargarse en forma de denuncia insistente.

Las críticas provienen de diversos espacios eclesiales. Unos censuran muchas «alegrías» del postconcilio como ligerezas irresponsables de grupos y pastores. Otros se lamentan de las medias tintas y de las componendas a las que la comunidad y los dirigentes son propensos. Muchos evocan con pena –y a veces hasta con un cierto amargor– el impacto negativo que ha producido en su fe y en su eclesialidad la larga serie de secularizaciones de sacerdotes y religiosos.

El fenómeno de la crítica exterior e interior se revela, pues, al mismo tiempo, saludable y nocivo para la comunidad cristiana. Por un lado, orienta y estimula a la reforma y a la conversión; por otro, desmoraliza y agría el ambiente eclesial.

III.- SENTIDO Y ALCANCE DE NUESTRA FE EN LA IGLESIA

Iniciamos, en esta tercera parte, el discernimiento cristiano de la adhesión eclesial que hemos retratado en las secciones anteriores. Por ser cristiano, dicho discernimiento presupone ya la fe en la mirada y en el corazón de quienes lo practican. Pero en el tema que nos ocupa, la fe nos es necesaria además por otro concepto: la Iglesia misma es una realidad que sólo puede comprenderse desde la fe. Por tal motivo introducimos una reflexión acerca del significado y de los límites de nuestra fe en la comunidad eclesial. Queremos con ello asegurar una verdadera actitud creyente y realista, igualmente alejada de la mitificación y de la lectura puramente sociológica de la Iglesia.

Anticipamos una sencilla confesión de nuestra fe: creemos en la Iglesia. Ella no es para nosotros simple objeto de estudio, ni mero ambiente colectivo propicio para mantener la fe, ni siquiera puro tajo concreto de nuestro compromiso cristiano. Es todo esto, pero es más que esto: es objeto de nuestra fe, destinataria de nuestra adhesión creyente.

Creemos en la Iglesia. Pero no creemos en ella como creemos en Dios. Sólo Él es el Tú absoluto que se nos entrega de manera plena, gratuita e irrevocable en Jesucristo y, por tanto, reclama y merece nuestra fe en el sentido fuerte de esta palabra. Sólo a Él brindamos nuestra adhesión creyente como confianza radical y entrega total.

Crear en la Iglesia no equivale tampoco a un acto de confianza en su vitalidad, en su salud institucional, en su brillante porvenir en la sociedad. No equivale a comprobar que «goza de buena salud» y a alegrarnos de este diagnóstico. Ni equivale a ignorar, ocultar o disculpar sus debilidades y pecados.

1. Creer en la Iglesia es descubrir su verdadero misterio

Crear en la Iglesia significa, pues, primordialmente, afirmar que ella es más que lo que nos arroja el balance de resultados de un análisis realizado con datos y elementos extraídos de la experiencia, de la sociología o de la historia. Existe en ella una dimensión que se escapa a dichos análisis y que sólo es registrada por la mirada de la fe. Esta dimensión es, paradójicamente, lo más propio y lo menos propio de la Iglesia. Lo más propio, porque sin ella la Iglesia no se distingue de muchos otros colectivos semejantes. Lo menos propio, porque no procede de su cosecha particular, sino que la recibe continuamente de Otro.

Es tradicional desde el tiempo de los Padres una imagen particularmente apta para evocar este «plus» de realidad de la Iglesia. La sonda lunar y los astronautas descubren la luna únicamente como una estepa rocosa y desértica. Y, efectivamente, la luna en sí misma y por sí misma es eso. Sin embargo, la luna es también luz. Esta luz no es suya, sino recibida. Y, con todo, es tan suya que, sin ella, no sería luna para nosotros.

Es Dios mismo quien, mediante su palabra, nos desvela esta otra dimensión y de este modo convierte a la Iglesia en objeto de nuestra fe. Creer en la Iglesia significa, pues, creer en Dios que nos revela lo que es la Iglesia. Es aceptar mental y vitalmente, en virtud de nuestra confianza en Dios, que la Iglesia no es sólo lo que aparece ante nuestra mirada, sino lo que la palabra de Dios nos asegura de ella. Como la palabra de un experto ante una obra de arte nos introduce a una dimensión de dicha obra escondida y oscuramente barruntada por la mirada del profano, la palabra de Dios sobre la Iglesia es, antes que nada, un reclamo para la misma comunidad cristiana: «Iglesia, mírate a ti misma con los ojos con los que Dios te ve. Toma conciencia de lo que eres, no por ti misma, sino por Él».

2. Creer en la Iglesia es aceptarla como espacio de salvación

La palabra de Dios nos asegura, en primer lugar, que la Iglesia concreta y limitada que conocemos es el espacio en el que Dios hace explícitamente presente, patente y operante su voluntad irrevocable de salvar por Cristo a los seres humanos. Es el ámbito en el que esta voluntad se expresa y se realiza. La acción salvadora de Dios, presente y activa en el mundo por la acción del Espíritu, se hace consciente de modo explícito en la Iglesia y suscita una comunidad que, movida por ese mismo Espíritu, acepta a Jesús como Señor, y al Evangelio como pauta de vida, y es llamada a testificarlo y anunciarlo al mundo.

Creer en la Iglesia consiste, por tanto, en reconocer con gratitud y con asombro que este espacio limitado y manchado es al mismo tiempo espacio en el que acontece la salvación. Si su condición limitada y manchada retrae momentáneamente la adhesión, su condición portadora de salvación la justifica y la reclama.

3. Creer en la Iglesia es aceptarla como medio de salvación

A la luz de la palabra de Dios, la Iglesia no es un puro espacio en el que acontece la salvación, sino medio de esta salvación. En otras palabras: los creyentes recibimos la salvación o autocomunicación liberadora de Dios no sólo en la Iglesia, sino de la Iglesia y por la Iglesia.

En efecto, Jesucristo no es el Fundador difunto de su Iglesia, sino su Pastor viviente. Como un manantial crea y alimenta continuamente el río que brota de él, Cristo está continuamente generando y regenerando a la Iglesia, sobre todo por la palabra y los sacramentos que son acciones salvadoras del Señor realizadas por medio de la Iglesia. Su Espíritu está permanentemente activo en ella, suscitando carismas que la hacen fecunda y enriquecen al mundo (cfr. *Lumen gentium*, 12).

Esta Iglesia, así visitada por el Señor y fecundada por su Espíritu, se convierte, a pesar de sus debilidades y mediocridades, en mediación para la salvación. Su existencia, su testimonio y sus acciones se tornan instrumento en el que Dios nos comunica su vida, su libertad y su amor.

Una imagen vigorosa, acariciada por los Padres, compara a la Iglesia a una matriz viva que acoge la semilla de la acción salvadora de Dios y la hace fructificar en su seno, engendrando creyentes e hijos de Dios. Semejante a un nuevo nacimiento (Jn 3,3-8), el acceso a la fe requiere la acción generadora de Dios y la acción generadora de la Iglesia. «La Iglesia nace de la respuesta de la fe que nosotros damos a Cristo... Pero, por otra parte, nosotros nacemos de la Iglesia: ella nos comunica la riqueza de vida y de gracia de que es depositaria, nos engendra por el bautismo, nos alimenta con los sacramentos y la Palabra de Dios, nos prepara para la misión, nos conduce al designio de Dios, razón de nuestra existencia como cristianos. Somos sus hijos. La llamamos con legítimo orgullo nuestra madre, repitiendo un título que viene de los primeros tiempos y atraviesa los siglos» (Juan Pablo II, “Discurso al Episcopado latinoamericano”).

Con todo, la fecundidad de la Iglesia es un dato de fe sometido en estos tiempos a una dura prueba. Muchos creyentes experimentan con mayor intensidad la esterilidad de la Iglesia que su vitalidad; su debilidad, mucho más que su vigor evangelizador; su dificultad para renovarse, más que su docilidad para convertirse.

No podemos ignorar esta experiencia real y doliente que nos alcanza a todos en una u otra medida. Pero tampoco podemos sustraerla a la mirada de una fe despierta. Ella nos enseña que el vigor de la Iglesia en el mundo ha de ser semejante al del Dios escondido, al del Siervo doliente, al del Hijo del hombre impotente y derrotado en la cruz, al del Reino que se abre paso en el mundo en condiciones de inferioridad.

Pero la fe vigilante registra hoy mismo, a lo largo y ancho de la Iglesia, innumerables signos que le revelan, en la penumbra, su fecundidad. En ellos el Dios escondido se manifiesta discretamente, el Siervo doliente contempla las primicias de una posteridad, el Señor crucificado «atrae hacia sí», el Reino se muestra, en su fragilidad, más fuerte que los poderes que lo circundan.

En efecto, una comunidad que genera en medio de nuestro mismo pueblo nutridas levaduras de creyentes deseosos de vivir un Evangelio radical y actualizado, no es una comunidad acabada. Un seno que en medio de esta sociedad europea engendra promociones de cristianos con mucha voluntad de servicio y poco afán de protagonismo, no está agostado. Un movimiento que se hace presente en mil rincones del Tercer Mundo a los que no han llegado ni siquiera los comerciantes y los periodistas, no vive de la inercia de su propio pasado. Un grupo social en cuyo interior nacen tantas iniciativas de presencia junto a los marginados, no es un grupo esclerotizado. Una institución de talla mundial que lleva a cabo una renovación de la envergadura de la del Vaticano II, no es un fósil que pertenece al reino de la muerte.

4. Creer en la Iglesia es aceptarla como sujeto primordial de la fe

La comunidad cristiana que colabora con Dios en el alumbramiento y crecimiento de los creyentes no es un medio externo a la fe. Es la primera destinataria de esa vida de fe. La comunidad cristiana despierta la fe de sus miembros

porque ella misma ha sido ganada para la fe. Ella es no sólo *objeto* de nuestra fe sino *sujeto* de esta fe.

La Escritura testimonia de muchas maneras que Dios ofrece primordialmente su salvación, no a individuos aislados, sino a un pueblo, a una comunidad. Ésta se abre a la salvación de Dios acogéndola por la fe. La fe de cada uno es una llama que se enciende en la hoguera de la fe de la comunidad. Creer es un acto personal y libre. En cada creyente la misma fe común tiene acentos y resonancias particulares. Pero no es algo totalmente autónomo y subjetivo. Cuando creemos, nos adherimos a una comunidad que profesa una fe que precede a la de cada uno. Aceptamos la fe de la comunidad de tal modo que, por esta aceptación, nuestra fe no expresa sólo convicciones individuales, sino compartidas; no recoge opiniones personales, sino persuasiones comunes.

Creer en la Iglesia significa, en consecuencia, aceptar mental y vitalmente que la propia fe es participación en la fe de la Iglesia. Que la fe eclesial es anterior, más grande y más rica que la propia. Que ninguna persona vive toda la fe ni todo el Evangelio, sino que en la comunidad de la Iglesia cada uno aporta su propia vivencia y se enriquece con la de los demás. Que la fe de la Iglesia, enriquecida por aquellos acentos que en cada uno suscita el Espíritu, es la norma de la propia. Que mi fe, necesariamente fragmentaria y tentada de deformación, se completa, se contrasta y se reequilibra en la fe de la comunidad cristiana.

5. Creer en la Iglesia es aceptarla como necesaria y relativa

Las consideraciones precedentes sitúan nuestra fe en la Iglesia en su lugar adecuado. No se diviniza la Iglesia, pero tampoco se la relega a un papel insignificante. Ella es, al mismo tiempo, necesaria y relativa.

La Iglesia es necesaria. Sin ella, Cristo, su mensaje y su proyecto salvador se evaporan en la conciencia de la humanidad. Sin ella se hace imposible acceder a la fe en Jesús, mantenerse y crecer en esta fe. Sólo en ella y por ella nos encontramos con su palabra viva, con su Eucaristía, con su perdón. La fe cristiana o es eclesial o no es fe.

La Iglesia es relativa. Es como el dedo y la persona misma del Bautista, que señala a Jesús; es la voz y la imagen de Otro. Ella no es todavía el Reino de Dios, sino su anuncio y anticipo imperfecto. Ella no guarda en régimen de monopolio la salvación de Dios, que desborda los límites visibles de la comunidad cristiana; el Espíritu realiza la salvación también fuera de los confines de la Iglesia. Ella no existe para que el mundo le sirva, sino para servir al mundo.

La necesidad de la Iglesia pone, pues, al descubierto la inconsistencia del lema: «Cristo sí; Iglesia no» y revela la situación débil y delicada de aquellos creyentes que por abandono, por prejuicios, por antitestimonios de la Iglesia o por alergia a la «religión institucional» mantienen con la comunidad lazos muy tenués. La fe subjetiva desconectada de la fe de la comunidad no es ya la fe católica, sino un conjunto de fragmentos de fe salvados de un naufragio. La comunidad está llamada a ser el astillero en que la fe individual o grupal se repara y se completa.

La relatividad de la Iglesia le mantiene en su puesto humilde y servicial. Le impide sucumbir a la tentación de convertirse en fin de sí misma, de identificarse con el Reino, de adoptar ante el mundo actitudes arrogantes, recelosas o competitivas.

IV.- ALGUNOS CRITERIOS DE DISCERNIMIENTO DE LA ADHESIÓN ECLESIAL

Una vez afinada la mirada de nuestra fe, nos encaramos ahora con los criterios para discernir la adhesión eclesial.

El criterio fundamental es la Palabra de Dios. Ella juzga no sólo las diferentes formas de adhesión, con su grano y con su paja, sino a la Iglesia misma y a la sociedad entera. La palabra de Dios, acogida en la Iglesia y expresada auténticamente en el magisterio, inspira la teología. De ésta extraemos ahora los criterios de discernimiento.

Nuestro propósito al exponerlos es bien modesto. Lejos de la ambición de presentar un cuadro completo, nos remitimos a recordar aquellos que hoy nos parecen indispensables para valorar adecuadamente las diferentes formas de adhesión que descubrimos en nuestras comunidades cristianas.

La paradoja ha sido siempre uno de los lenguajes menos inadecuados para evocar realidades que, como la Iglesia, condensan en sí mismas elementos tan diversos que pueden parecer contradictorios. Recurriremos a ella a la hora de formular los criterios antedichos.

1. Una Iglesia visible y espiritual

No puede negarse que uno de los mayores obstáculos para prestar a la Iglesia una adhesión creyente proviene de su rostro visible. Y, sin embargo, este rostro visible es, al mismo tiempo, condición necesaria para la fe.

1.1. La Iglesia visible

Jesús quiso una Iglesia visible, no una comunidad impalpable, formada por miembros no identificados, sin Escritura ni símbolos ni lazos estables y tangibles. La Iglesia que Jesús quiso no es únicamente una comunidad de almas y de corazones, sino una sociedad identificable. Jesús quiso un pueblo, no una pura comunidad espiritual.

Sin este rostro visible y tangible no podría la Iglesia responder a su vocación. Ella está llamada a ser signo del Reino de Dios, del amor de Dios a la humanidad, de la fraternidad humana. Tiene que expresar y promover de modo perceptible todo eso a lo que está destinada por voluntad del Señor. «Si apelamos a una Iglesia invisible, especulamos en vez de seguir a Cristo» (K. Barth).

1.2. La Iglesia, institución

Cuando la vida de una comunidad se extiende y se intensifica, su rostro visible se vuelve inevitablemente más denso: nace la institución. Y la institución trae consigo normas, autoridad, organización, programas, relaciones. No cabe,

pues, una Iglesia de Cristo arraigada en la historia y extendida por el mundo que no tenga carácter institucional.

La institución no es un puro envoltorio necesario de la Iglesia. No es un andamio que le es imprescindible, pero no pertenece a su meollo. La institución es también Iglesia, al igual que el cuerpo es ser humano y no pura cobertura del espíritu. «Un cristiano cree que Dios ha hecho de la Iglesia palpable y concreta, donde se ejerce el ministerio de la palabra y del sacramento, su comunidad. Cree que esta Iglesia es el cuerpo de Cristo, la presencia de Cristo en el mundo. Cree que, según la promesa, obra en ella el Espíritu de Dios» (D. Bonhöffer). Ya la comunidad cristiana del Nuevo Testamento presenta innegables rasgos de institución. Algunos de ellos, como la Eucaristía, el Bautismo y el ministerio apostólico aparecen claramente como intangibles y normativos.

No podría ser de otra manera. Un movimiento que no se encarna en una institución, siquiera sobria y flexible, tiene los días contados. Pocas generaciones son suficientes para borrar del todo la memoria de un movimiento que no se dote a sí mismo de una estructura institucional. Nunca podremos agradecer bastante a esta Iglesia así estructurada el que nos haya transmitido de generación en generación la memoria viva del Señor, los Evangelios, la utopía de Jesús, su presencia sacramental. El movimiento suscitado por Jesús se habría desvanecido pronto sin ella. Sin la Iglesia, el rostro de Jesús se desvanece. «Sin la Iglesia, Cristo se evapora, se desmenuza, se anula» de la conciencia humana (P. Teilhard de Chardin). Esa comunidad deficiente, institucional, limitada, es necesaria para que hoy podamos nosotros adherirnos al Resucitado y encontrarlos con Él. Por esto amamos también su rostro visible.

He aquí precisamente la razón de ser de la institución: estar al servicio de la vida de la Iglesia. En otras palabras: reflejar, favorecer y sostener la comunión y la misión que son el alma de la comunidad cristiana.

En la llanura que rodea a Asís, se conserva una Iglesia minúscula y rudimentaria, en la que murió San Francisco. Llena de recuerdos del «Poverello», es en sí misma una evocación conmovedora del Evangelio. Los siglos posteriores la han envuelto en una gigantesca basílica barroca. El contraste es sobrecogedor. Aquella inmensa edificación encubre y preserva al mismo tiempo uno de los rincones más espirituales del mundo. He aquí una imagen aproximativa de la relación de la institución con el espíritu: lo descubre y lo preserva.

Porque la institución tiene siempre sus propias tendencias que le inducen a sacudirse su vocación de servicio a la vida. Sobre todo a través de sus responsables, propende a centralizar y a controlar. Tiende a la uniformidad y a la burocracia. Estos riesgos –que son tentaciones, pero no fatalidades– se han hecho presentes con fuerza en determinadas épocas, por razones diferentes. Hoy esta tentación no es un riesgo imaginario. No son inmunes a ella ninguno de los niveles de la Iglesia, desde el más elemental hasta la Curia Romana. Nosotros mismos nos vemos con frecuencia inclinados a sucumbir a ella. Cuando en el entorno cívico se palpa la hostilidad o la marginación; cuando en el interior de la comunidad cristiana se viven la incertidumbre y el miedo, se despierta en toda la Iglesia un reflejo defensivo. Entonces la institución se endurece: se refuerza e intensifica su acción.

Con tal comportamiento compromete, sin pretenderlo, algo que pertenece al estilo mismo de la Iglesia, casa del Espíritu: la creatividad, la libertad, y la variedad dentro de la unidad católica. Las diversas Iglesias locales esparcidas por el mundo y arraigadas en pueblos y culturas diferentes han de profesar todas la misma fe común, pero tienen derecho a tener sensibilidades teológicas diferentes; han de reflejar su esperanza común en una oración sustancialmente idéntica, pero expresada de modo diferente; han de mostrar la misma voluntad y los mismos criterios de servicio a la sociedad, pero habrán de realizar, allí donde están plantadas, servicios diferentes; han de observar una obediencia, esencialmente idéntica, pero encarnada en normativas diferentes. «El Evangelio no lleva al empobrecimiento de todo lo que cada hombre, pueblo y nación, y cada cultura en la historia, reconocen y realizan como bien, verdad y belleza. Es más, el Evangelio induce a asimilar y desarrollar todos estos valores, a vivirlos con magnanimidad y alegría y a completarlos con la misteriosa y sublime luz de la Revelación» (Juan Pablo II, “Carta Encíclica sobre la evangelización de los pueblos eslavos”, n. 18).

1.3. Institución y carisma

La institución, por muy ajustada que sea a su función, presenta siempre un rostro austero e incluso rudo. Ante él tropiezan hoy muchas personas y grupos que, tras aceptar en teoría la legitimidad y necesidad de la institución de la Iglesia, no la admiten en la práctica de modo concreto. Su dificultad parte ya de una concepción inadecuada del binomio «carisma-institución». El carisma, incluso en su encarnación concreta, sería «lo puro» que tiene que pagar el precio de esperar y de ser podado, para recibir, tarde por supuesto, el refrendo de legitimidad y la garantía de su viabilidad en la Iglesia. La institución sería la instancia de control sometida a la inercia y a la «prudencia».

La realidad es más matizada: el carisma del Espíritu, absolutamente puro en sí mismo, al encarnarse en un impulso histórico concreto dentro de la Iglesia, lleva consigo, junto al sello del Espíritu, la marca de lo «demasiado humano». La institución, por su lado, está también sometida a la luz del Espíritu y a la ceguera humana. Institución y carisma nacen en la Iglesia del mismo Espíritu, que actúa a través de ambos para que el conjunto de la comunidad sea el signo y la mediación adecuada de salvación. A ambos les toca buscar juntos, a media luz y en diálogo, aunque llegada la ocasión los responsables de la institución tengan, en virtud de su propio carisma, el deber nada popular pero inexcusable de decir una palabra final.

Rostro austero el de la visibilidad de la Iglesia. Rostro que, de algún modo, le asemeja a su Señor, visible e invisible, «Dios humano y hombre divino». Muchos contemporáneos de Jesús tropezaron en su humanidad; no encontraron en ella la expresión de su divinidad. Muchos tropiezan hoy en la malla visible, limitada y deficiente de la Iglesia, y no llegan a entrever el misterio que ella contiene y esconde al mismo tiempo.

2. Una Iglesia santa y necesitada de purificación

La Iglesia real y visible no es sólo limitada. Está afectada asimismo, por el pecado, que desdibuja en su rostro la imagen del Señor y debilita la adhesión de muchos. Pero está también habitada por la santidad, que refleja la santidad del Salvador y produce continuamente testimonios estimuladores.

2.1. El pecado en la Iglesia

La experiencia del pecado es tan antigua en la historia de la Iglesia como la misma comunidad cristiana.

El pecado de la Iglesia consiste, sobre todo, en el desacuerdo que existe entre sus opciones y las opciones fundamentales de Jesús: la adhesión absoluta al Padre, la pasión por el Reino, la debilidad por los marginados, el servicio abnegado a todos los hombres, la esperanza inquebrantable en Dios.

Nos encontramos con el pecado de la Iglesia en varios niveles diferentes. En primer lugar, en la vida de sus miembros, sea cual sea nuestra función en la Iglesia. La Iglesia lleva sobre sí este pecado, que le pesa y le oscurece. Se llama impiedad, autoexaltación, incomunicación, esclavitud, desesperanza.

El pecado de la Iglesia subsiste también en aquellas querencias colectivas que contradicen frontal o lateralmente las opciones de Jesús: la preocupación excesiva por sí misma, la insensibilidad para con los pobres, la tibieza para promover la paz, la inercia apostólica, la mediocridad, el afán de los honores, la afición al dinero, la anemia de su ardor por Dios.

Este pecado individual y colectivo, personal y social, llega incluso a coagularse y congelarse en los entresijos de sus propias instituciones. Así se instalan en su mentalidad, en sus leyes y en sus usos y costumbres el tímido reconocimiento de la mujer, la insuficiente valoración del laicado, la glorificación de la autoridad.

No podemos minimizar la existencia del pecado en la Iglesia con un fácil recurso a la fragilidad humana. El pecado contradice la vocación de la Iglesia, que consiste en decir «sí» a Dios en obediencia fiel. Empaña su condición de signo, de transparencia, de Jesús y de su Evangelio. La vuelve menos sensible a la llamada de Dios y al clamor de los hombres.

Más importante que el pecado mismo es la actitud de la comunidad cristiana ante su propio pecado. Puede ignorarlo o disculparlo interesadamente. Entonces se hace para ella verdad la palabra del Apocalipsis: «Tienes nombre de vivo y estás muerto» (Ap 3,1). Puede resignarse pasivamente ante él como una fatalidad. Entonces se instala en la mediocridad, que es una «fragilidad pactada». Las primitivas comunidades eran frágiles, pero no eran mediocres. Existía en ellas la sinceridad para aceptar el juicio de Dios y para no instalarse en sus pecados. La fragilidad mancha el signo; la mediocridad lo vuelve opaco.

2.2. La santidad en la Iglesia

La santidad incluye la fragilidad, pero excluye la mediocridad. La santidad constituye para la Iglesia no sólo un atributo de su Señor, de su Escritura, de sus sacramentos, sino una vocación (cfr. Ef 5,25-27), es decir, un sedimento latente en ella y presto a ser activado para resplandecer en la comunidad y en sus miembros. «Sólo una Iglesia que, en cualquiera de sus niveles de realización, tenga el coraje de adoptar la santidad como modo de vida, es alternativa para la humanidad» (G. Lohfink). En este sentido la Iglesia lleva en su seno un Evangelio que es fermento activo, que no la deja descansar. El suelo de la Iglesia, a veces reseco, tiene un subsuelo inagotablemente rico: el Espíritu de Jesús.

Basta abrir los ojos para ver que esta santidad produce sus frutos en una muchedumbre de personas y grupos de la Iglesia. Todos hemos recibido en momentos decisivos el testimonio de creyentes que nos han hecho menos difícil y más atractivo el camino del Evangelio. Más discreta que el pecado, la santidad se encuentra realizada en mil existencias, casi siempre escondidas. Más fuerte y más atrevida todavía que el pecado (cfr. Rm 5,15), se deja entrever incluso en aquellas instancias que pueden parecernos reacias a su incansable y callada insistencia: las estructuras de la Iglesia. La historia de la Iglesia ha conocido reformas audazmente evangélicas. Nosotros mismos hemos vivido, en la celebración del Concilio y en los 25 años de postconcilio, una página memorable. La sinceridad de la autocrítica, la envergadura de las reformas emprendidas y la realidad del cambio notable que ha experimentado la Iglesia en este período, son indicadores de la verdad y densidad de su conversión al Señor. Esta gracia no será la última con la que el Espíritu refrescará y rejuvenecerá a su Iglesia.

Con todo, la santidad entendida como plena transparencia de la vida del Espíritu en su comunidad, es una meta que desborda todas las gracias y todos los logros de la Iglesia en esta historia. Le será comunicada más allá de la historia por la venida última del Señor (Ap 21,2-4).

La lectura de la vida de la Iglesia en clave de gracia y de pecado puede debilitar la adhesión o fortalecerla, según la óptica mental y la actitud cordial en que se sitúe el lector. Los creyentes somos invitados a leerla en la clave paulina: «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rm 5,20). A no dejarnos descorazonar por los pecados y a dejarnos edificar por los testimonios de santidad. A aquilatar nuestro testimonio cristiano para que, siquiera en proporciones muy reducidas, purifique y robustezca el signo de la Iglesia.

2.3. La crítica exterior e interior en la Iglesia

La crítica exterior puede ser un instrumento para esta purificación. La comunidad cristiana forma parte de la comunidad humana y, como tal, no tiene porqué ser exenta del control social a que, justamente por la vía de la crítica, se someten mutuamente los diferentes colectivos. La crítica puede ayudarle a conocerse mejor y le es indispensable para conocer cómo es percibida e interpretada. Es evidente que este extremo interesa vivamente a una comunidad que alberga la pretensión de ser signo para la sociedad.

La crítica interna se legitima también por razones teológicas. La Iglesia no coincide sino parcialmente con el Reino de Dios. Es simplemente su signo y su realización anticipada e imperfecta. El Reino es, pues, su modelo y su meta. Es preciso, por tanto, que la Iglesia se evalúe a sí misma a la luz de los criterios emanados de la naturaleza del Reino. En esto consiste la genuina crítica intraeclesial. Confrontarse con el Reino diseñado en la Escritura y registrar en qué se acerca y en qué está todavía lejos de él: he aquí el núcleo de la crítica eclesial. En ese espejo del Reino siente la Iglesia el juicio de Dios sobre la calidad de su vida de fe, de su espíritu fraterno, de su apertura a todos los hombres y pueblos, de su solidaridad con los pobres, de su unidad interna y de su testimonio ante el mundo. La crítica fundamental es, pues, aquélla que Cristo formula continuamente a su Iglesia.

Toda crítica *cristiana* que se hace a la Iglesia desde dentro se atiene a este criterio fundamental, que se refracta en una serie de criterios más concretos.

Debe, en primer lugar, situarse inequívocamente dentro de la Iglesia. Quien critica a la comunidad eclesial «acepta a la Iglesia como una realidad irrenunciable para su existencia cristiana y para su relación con Dios» (K. Rahner). Ha de considerarse sinceramente pecador y causante solidario de la situación real de la Iglesia; no al margen de dicha responsabilidad. Quien tiene experiencia de la fragilidad propia; quien sufre por sus propias incoherencias ante el Evangelio; quien en la intimidad sondea su propio corazón y le pregunta si quiere sinceramente seguir a Jesús; quien tiene el valor para reconocerse pecador, el arranque para perdonarse a sí mismo y la humildad para aceptar el perdón de Dios, ése podrá tener, cuando critique a su comunidad, todo el ardor del profeta, pero tendrá al mismo tiempo las entrañas condescendientes del pecador reconciliado.

La crítica intraeclesial genuina nace del amor a la Iglesia, y no de otras afiliaciones y pertenencias que nos predisponen con respecto a ella. Sucede con alguna frecuencia que cristianos que comparten su pertenencia eclesial con otras pertenencias a grupos cívicos lastrados también por deficiencias y miserias, toleran mucho mejor estas últimas que las de su comunidad de fe. Tal indulgencia, ¿no será signo de un más intenso sentido de pertenencia? En cualquier caso, ningún creyente debería convertir más o menos conscientemente su crítica en vehículo de complejos eclesiales o cívicos mal resueltos.

La crítica ha de ser realista. Debe saber distinguir entre lo que puede ser mejorado en una sociedad de hombres limitados y pecadores, y lo que forma parte del inevitable lastre de una colectividad cuyos miembros, incluido el mismo crítico, no son ni genios ni santos. Estimula saber que la comunidad que tenemos puede ser sensiblemente mejor; pero sosiega saber que no puede ser inmensamente mejor.

Éstas son las condiciones de una crítica verdaderamente eclesial. La que no reúne estas condiciones debería quedar reservada para quienes no guardan ya ninguna vinculación con la Iglesia. No deberíamos utilizarla nosotros ni siquiera para resultarles liberales o agradables.

3. Una Iglesia variable e inmutable

Si la visibilidad y el pecado de la Iglesia dificultan la adhesión de muchos, los cambios provocan, en otros, decepción y aturdimiento. No es extraño que así sea. Toda sociedad prevista de un aparato institucional consistente tiende a la estabilidad. Cada sociedad está dotada para asimilar una tasa y un ritmo determinado de cambios sin que cruja su coherencia interna. Dentro de ella existen siempre algunos grupos más proclives y otros más alérgicos a estas modificaciones.

Éste es también el caso de la Iglesia. Las modificaciones vividas por ella a lo largo de la historia han sido motivo de crisis y han provocado desafecciones e incluso dolorosas separaciones. Tenemos todavía en la mente casos muy palmarios y recientes.

3.1. Lo inmutable en la Iglesia

Afirmar que la Iglesia es inmutable no deja de tener su parte de verdad. Jesucristo es la revelación y la comunicación plena y definitiva de Dios a la humanidad. «Porque en darnos, como nos dio a su Hijo, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra y no tiene más que hablar» (S. Juan de la Cruz). El tiempo de Jesús es ya tiempo definitivo en el que fundamentalmente se abre el surco y se traza la trayectoria de la Iglesia futura. Las comunidades del Nuevo Testamento, presididas por los apóstoles y asistidas por el Espíritu Santo, recogen estas intenciones de Jesús y las plasman en una experiencia y en una doctrina que en sus líneas esenciales es constituyente y normativa para la Iglesia de todos los tiempos. Cualquier afirmación o reflexión sobre los diferentes «modelos de Iglesia» ha de tener en cuenta estas precisiones. La Iglesia se funda, pues, en la tradición apostólica. El ministerio episcopal y el del sucesor de Pedro se configuran como un servicio eclesial para garantizar a lo largo del tiempo la identidad y la autenticidad de esta tradición apostólica, que recogió y plasmó creativa y fielmente el legado de Jesús.

3.2. Iglesia y cambio

Estos cimientos desautorizan la pretensión de reinventar la Iglesia en cada época. Pero no impiden –antes bien postulan– una gran capacidad de creación y de cambio. En primer lugar, porque la Iglesia es misterio, es decir, «una realidad impregnada de Dios y, por consiguiente, de tal naturaleza que admite siempre nuevas y cada vez más hondas exploraciones sobre sí misma» (Pablo VI). Además, porque nacida del Hijo de Dios encarnado en la historia y compuesta de seres humanos, es también histórica y, por tanto, percibe, experimenta, acoge y transmite la salvación de Dios de manera diferente en cada época y en cada lugar. En fin, porque afectada por el pecado y movida a la conversión, necesita no sólo renovarse, sino también purificarse constantemente (cfr. *Lumen gentium*, 8).

Precisamente porque la Iglesia es histórica tiene la misión de vivir en continuo intercambio con la sensibilidad de cada época. Evangelio y cultura deben estar en continuo diálogo. El Evangelio asume y eleva, purifica y critica las culturas (cfr. *Gaudium et spes*, 58). Éstas arrancan del Evangelio, en diálogo y con-

traste con él, virtualidades dormidas. Cuando este diálogo no se realiza, los creyentes están condenados a vivir escindidos interiormente, solicitados por dos sensibilidades extrañas entre sí, que conviven en ellos en sorda confrontación o en mutua ignorancia. Las formulaciones doctrinales, la normativa moral, las leyes eclesíásticas, la vida litúrgica, las opciones pastorales, han de ser repensadas a fin de que el mensaje de siempre no resulte «in-significante» para los seres humanos de una determinada época. Las mismas definiciones dogmáticas son ricas adquisiciones irreversibles. Pero no son metas finales, sino puntos de partida normativos para ulteriores desarrollos. Lo que está dicho en ellas es verdad de fe. Pero no todo está dicho con ellas.

La condición histórica induce a la Iglesia a favorecer un encuentro semejante entre la cultura de cada lugar y el mensaje cristiano. No sólo tiene derecho a ser diferente la Iglesia de cada época, sino también la Iglesia de cada lugar. Las Iglesias locales o diócesis están justamente plantadas en áreas socioculturales diferentes para realizar esta encarnación y traducción del mensaje cristiano a cada cultura y a cada pueblo. La uniformidad de la Iglesia contraría la ley de la encarnación.

Las modificaciones y cambios no son, pues, en modo alguno, ajenas a la naturaleza de la comunidad eclesial. Pero son funestas cuando acontece una de estas dos confusiones. La primera consiste en no saber identificar lo inmutable y definitivo. Entonces la comunidad cristiana pierde identidad y riqueza. La segunda estriba en considerar cualquier peculiaridad como un factor esencial a la fe, y cualquier fenómeno pasajero como una verdadera «mutación histórica». En estos casos, que no son imaginarios, se confunde renovación con frivolidad. En cualquier caso, la armonía y comunión entre el pasado y el presente, y entre una porción de Iglesia y el conjunto, son bienes inestimables que toda la Iglesia ha de valorar y que los obispos –particularmente el Obispo de Roma– tenemos el deber de custodiar.

Quienes se resisten a una renovación de la Iglesia concebida y realizada dentro de estas coordenadas incurren, por su parte, en una doble confusión.

Por un lado, consideran como absoluto e intangible lo que es variable y mejorable e incluso a veces pecaminoso. Es una tentación de idolatría. Por otro lado, confunden las tradiciones con la tradición. Se aferran a modos de concebir, expresar y vivir la fe católica que, en muchos casos, pertenecen a usos todavía recientes. La renovación que promueve la Iglesia es, en buena parte, retorno a un fondo genuinamente tradicional, apoyado en el Nuevo Testamento y anterior a los revestimientos de los últimos siglos a los que se adhieren con excesivo entusiasmo los grupos reacios a la renovación.

Las diversas sensibilidades dentro de la Iglesia captan mejor determinados aspectos de la fe y tienden a difuminar otros. Lejos de excomulgarse mutuamente, están llamadas a complementarse y enriquecerse. Necesitamos todos de la fe de los demás para confortar y purificar la nuestra, y construir entre todos el rostro completo de Cristo. Pretender exclusivas y monopolios, sean de ortodoxia o de autenticidad, es ambición desmesurada y escasamente cristiana. Cuando incurrimos en este extremo, se produce una patología: la adhesión a una tenden-

cia particular se vuelve más cálida y más determinante que la adhesión a la Iglesia. En esto consiste el sectarismo.

4. Servir al mundo y construir la comunidad eclesial

Si la tentación sectaria que ama casi en exclusiva una porción de la comunidad puede desvirtuar la adhesión, el mismo amor a la entera comunidad cristiana ha de inscribirse en el contexto de un amor, hecho voluntad de servicio, a la comunidad humana.

En efecto, llamada por Dios y enviada al mundo para ser signo e inicio del Reino, la Iglesia encuentra en estas tres referencias fundamentales su propio modesto estatuto: ella se debe al Señor que la llama, al mundo al que es enviada y al Reino que anuncia y promueve en el corazón del mundo. No tiene más dueño que el Señor. Pero sirve al Señor sirviendo al mundo. Y el servicio que ha de ofrecer al mundo es contribuir a que sea transformado en Reino. Esta transformación convierte el mundo en ofrenda inmensamente grata a Dios. De este modo, todo nace en Dios y todo vuelve a Él.

A la luz de esta perspectiva, la misión de la Iglesia no consiste en conservarse a sí misma, sino en servir a este mundo, objeto de la pasión creadora y salvadora de Dios. Dios ha creado a la Iglesia por amor al mundo, como una comunidad a su servicio. En consecuencia, todo en la Iglesia debe estar orientado a un mayor y mejor servicio al mundo. Los mismos desvelos de la Iglesia por mantener su salud, su vigor y su presencia en la sociedad deben estar animados de esta ambición, garantizar la intensidad y la calidad de su servicio específico a la sociedad. «No es el mundo para la Iglesia, sino la Iglesia para el mundo» (Pío XI).

4.1. La tentación del eclesiocentrismo

La sensibilidad por la sociedad, por sus problemas y su suerte está, pues, inscrita en la misión misma de la Iglesia y debe, por ello, pasar a la sangre de todos los creyentes. Una adhesión eclesial que, en sus formulaciones teóricas o en sus actitudes prácticas, sobreestime a la Iglesia y subestime al mundo, necesita ser rectificadas y purificadas.

Esta tentación no es del todo inexistente en la adhesión eclesial, admirable por otros conceptos, de muchos cristianos. Registramos en ellos una marcada preferencia por compromisos intraeclesiales (Catequesis, Liturgia, Cáritas, Consejos Pastorales, Juntas económicas, etc.). Los cálidos espacios eclesiales parecen resultar más acogedores y estimuladores que la intemperie de la vida civil.

No es preciso recalcar aquí que «el servicio más importante e insustituible que los cristianos pueden prestar a la sociedad es, sencillamente, el de ser verdadera Iglesia» (G. Lohfink). Ni recordar que muchas actividades intraeclesiales son verdaderos servicios sociales. Ni subrayar que su misma vocación de servicio a la comunidad humana postula de la comunidad cristiana una atención cuidadosa a su propia construcción, puesto que la propia salud eclesial es indispensable para garantizar la calidad de su servicio a la sociedad. Pero sí es preciso si-

tuar estas tres afirmaciones en el contexto de un criterio claro y de una actitud inequívoca. El criterio es éste: la Iglesia está al servicio del mundo. La actitud es la siguiente: un vivo sentido de pertenencia al mundo y una fina sensibilidad por la sociedad.

4.2. La presencia específica en la sociedad

Pero la adhesión eclesial puede también ser tentada por otro flanco. Muchos creyentes establemente vinculados a la Iglesia mantienen una presencia *inespecífica* en la construcción de la sociedad. Padres, profesores, obreros, empresarios, políticos y trabajadores sociales tienen escasa conciencia de ser en este trabajo portadores de la misión servicial que la Iglesia ha recibido de su Señor. Evidentemente no se trata de ser «agentes de la Iglesia», sino testigos del Evangelio y de la comunidad; ni de favorecer a la Iglesia, sino de promover los valores del Reino. La comunidad cristiana y sus pastores motivamos, iluminamos, cultivamos y apoyamos insuficientemente la calidad cristiana y la eclesialidad de esta presencia transformadora, tan urgida por el Vaticano II y tan vital como cauce de un servicio eclesial inestimable.

Somos conscientes de que combinar en la existencia concreta de un creyente un compromiso intraeclesial y un compromiso cívico que sean de alguna entidad resulta difícil. Pero sería deseable que en las comunidades eclesiales elementales y en las parroquiales convivieran creyentes inscritos en una y otra parcela del compromiso. Cada una de ellas engendran una sensibilidad cristiana diferente. El intercambio enriquece y completa la experiencia cristiana.

5. Una Iglesia en comunión y en contradicción con el mundo

La Iglesia se ha sentido siempre, con mayor o menor clarividencia y coherencia, al servicio del mundo. Pero a lo largo de las épocas ha ido concibiendo y concretando su servicio de manera diferente. La misma situación de nuestras sociedades evolucionadas del siglo XX obliga a la comunidad cristiana a repensar el contenido y el estilo de su servicio.

Como hemos podido comprobar en la primera parte, una franja apreciable y creciente de nuestra sociedad se considera desvinculada de la Iglesia, incluso si todavía solicita eventualmente de ella algunos servicios. La demanda de ritualidad no decrece en nuestra sociedad, al menos al mismo ritmo que el sentido de pertenencia eclesial.

No se trata de un distanciamiento súbito, sino largamente preparado. Nada nos autoriza a mirarlo tampoco como un fenómeno pasajero. Es muy probable que las generaciones que se fueron, de puntillas o dando un portazo, no vuelvan ya. No es la suya una distancia resentida que, por serlo, esconde todavía una oscura expectativa de reencuentro. Los motivos del reencuentro han desaparecido: la pregunta religiosa se ha congelado; no suena ya cargada de sentido.

La situación es relativamente nueva para la Iglesia. Hasta hace poco tiempo el mundo se dividía para ella en creyentes reales o potenciales. Hoy surge, al

menos en Europa, como un continente nuevo: los que ni son ni probablemente serán creyentes. No podemos decir de ellos que no hayan recibido el anuncio de la fe y la invitación de la Iglesia. Tampoco que lo hayan rechazado. Son simplemente mundo y no Iglesia.

Una comunidad como la Iglesia, que se comprende a sí misma como signo de Cristo para el mundo y como sacramento del encuentro de los hombres con Dios, pudiera sentir que su misión para con este grupo ha terminado. La adhesión inexistente traería como consecuencia la inexistencia de la misión.

Sin embargo, con una certeza y casi obstinada convicción, la Iglesia sigue sintiéndose enviada para todos. Estimulada por esta convicción, repiensa el contenido de su misión. Vuelve para ello su mirada al Nuevo Testamento y, extrayendo de él su intuición fundamental, reformula su misión en términos de fidelidad a la palabra de Dios y de adaptación a la situación actual.

5.1. Las Iglesias del Nuevo Testamento, comunidades «alternativas»

Recogiendo la herencia de Jesús, las comunidades apostólicas aparecen en los escritos del Nuevo Testamento inspirados por un talante bien opuesto a la filosofía reinante en la sociedad de su tiempo. Son conscientes de este espíritu diferente que las anima y están convencidas de que deben mantenerlo y afirmarlo en la sociedad, constituyendo para ésta un grupo que le haga pensar y le muestre prácticamente que es posible una sociedad basada en principios y opciones diferentes (cfr. Mt 5,13-16).

Los rasgos diferenciales más salientes del talante nuevo de estas comunidades son la viva conciencia de la presencia del Espíritu (cfr. Hch 2,16-21), la supresión de las barreras sociales y culturales en su seno (cfr. Ga 3,26-29), la activa dedicación de unos a otros para la mutua edificación (cfr. 1 Ts 5,14-15), el sentido de hermandad (cfr. 1 Jn 2,7-11), la renuncia a la dominación (cfr. Mc 10,42-45), a la reivindicación (cfr. 1 Co 6,7) y a la violencia (cfr. Mt 5,39-42).

Encontramos en estas comunidades una neta afirmación de su diferencia respecto del mundo (Jn 17,14-19). Están convencidas de que su quehacer consiste en mantener el propio estilo diferencial, no en disolverse en el mundo. Muestran al mismo tiempo, una decidida voluntad de servicio a la sociedad y de amor a todos incluso a los enemigos (cfr. Mt 5,43-48). Pero con igual vigor manifiestan una actitud de resistencia y de negativa cuando así lo pide la fidelidad a Dios (cfr. Hch 4,18-21).

Están dotadas de una impresionante vitalidad misionera, que les conduce a implantarse en innumerables rincones del mundo greco-romano. Pero, una vez implantadas en un lugar, la presencia, el testimonio y la sorpresa que causa la comunidad se convierten en el anuncio misionero por excelencia. La acción misionera no es sino el eco de este anuncio básico.

No son comunidades sin pecado, sin divisiones, sin conflictos, sin historia de sufrimiento. Pero han asumido con claridad y generosidad que su quehacer

es mantener la identidad de este mundo, ofrecerle una base alternativa sobre la que construir la vida en sociedad e invitar a todos, sobre todo por el testimonio, a formar parte de la comunidad eclesial.

5.2. La Iglesia en nuestro mundo

La Sagrada Escritura, leída desde la situación actual, obliga y ayuda a la Iglesia a reformular su misión en la sociedad. La existencia de un denso estrato de población desvinculada de la comunidad cristiana y de la fe, nos ayuda a asumir más conscientemente el mundo como mundo, como diferente de la Iglesia, como magnitud aparte, como interlocutor ineludible para descubrir concretamente y realizar adecuadamente su misión en la historia. Nos previene contra toda tentación intervencionista, contra toda actitud paternalista, contra todo reflejo corporativista. El reconocimiento y el respeto de la alteridad del mundo están llenos de consecuencias.

Pero este respeto no supone complejo alguno ante el mundo. Sigue íntegramente en pie la misión universal de la Iglesia, dirigida a todos, en sus cuatro caracteres: anuncio, testimonio, compromiso transformador y denuncia. Seguimos, pues, reconociendo un gran relieve al problema de la adhesión de todos. Seguimos considerando una inmensa fortuna y una gracia inestimable para todos los hombres creer en Jesús y pertenecer a su comunidad eclesial. Nos sigue urgiendo la inquietud misionera. Pero el aumento numérico de sus miembros no acapara toda la atención de la comunidad. Es situada en una perspectiva más ancha: el amor de la Iglesia al mundo.

a) Anunciar a Jesucristo

Esta clave del amor incluye y desborda el anuncio explícito de Jesucristo. Lo incluye inequívocamente: Jesucristo, su mensaje, su proyecto salvador, su comunidad han de ser anunciados a todos. También la generación desenganchada es invitada a definirse ante Jesús, a preguntarse cuáles son los motivos por los que prescinde de Él. El clima de apática indiferencia general ante este anuncio no nos dispensa de proclamarlo neta e inequívocamente. Porque el eco favorable, desfavorable o nulo suscitado por la palabra no es nunca la razón decisiva del anuncio. Porque en una generación, por distante que sea, existen siempre muchas personas mejor dispuestas a la fe y tienen «derecho» a ser llevadas al umbral de la gran elección de su vida: optar por Jesucristo.

Pero el amor de la comunidad cristiana al mundo no se canaliza únicamente a través del anuncio. Subsisten en la Iglesia el afecto, el interés y la voluntad de servicio a la sociedad, aunque ésta no esté abierta a abrazar la fe y aún en el caso de que no fuera previsible este abrazo en el tiempo de la historia terrena. Ante un mundo así configurado tiene todavía la Iglesia una tarea que cumplir.

b) Ser «sacramento del mundo»

Precisamente ante un mundo así se acentúa en la Iglesia su vocación de «sacramento del mundo», es decir, de realización anticipada e imperfecta de aquello que la totalidad del mundo está llamada a ser cuando llegue a su maduración definitiva. Esta vocación entraña para la Iglesia la inquietud de ser una

porción reconciliada, servicial, no violenta, utópica... que sirva de referencia, de «experimento vivo de verdadera humanidad». En otras palabras: de montar su propia vida sobre unas bases que resulten sorprendentes y sugerentes para esta sociedad.

Esta sensibilidad empalma admirablemente con la de las primitivas comunidades. A través de ella, la Iglesia recupera con mayor lucidez la conciencia de que el primer y fundamental acto de misión es su propia existencia transfigurada por el Espíritu y ofrecida como testimonio.

c) Colaborar con el mundo

Reconocer al mundo entraña asimismo colaborar en aquello que contribuye a un verdadero crecimiento humano. Los dinamismos de la salvación están presentes en la Iglesia, que es la porción de humanidad que reconoce, acoge y despliega explícitamente esta salvación recibida en Cristo. Pero la fuerza de la salvación está también presente de modo latente en las entrañas de un mundo que no es Iglesia (cfr. *Lumen gentium*, 16; *Ad gentes*, 3). Este mundo está vinculado a Cristo de un modo que se nos escapa (cfr. 2 Co 5,19; Ef 1,10; Col 1,13, Hch 10,38) y es espacio en el que también actúa el Espíritu (cfr. *Gaudium et spes*, 26). Colaborar con esta fuerza de salvación operante en la historia corresponde de lleno a la misión de la comunidad cristiana.

La presente situación nos ofrece surcos para esta colaboración admirablemente diseñada por el Vaticano II (cfr. *Gaudium et spes*, cap. IV). Mirando a la humanidad entera, la promoción del Tercer Mundo, la dedicación a toda suerte de marginados, la humanización de la convivencia social, el mantenimiento de la utopía, la creación de una viva conciencia de la fraternidad universal, la defensa de la vida, el cuidado de la naturaleza y la aportación del espíritu cristiano a la cultura emergente, nos parecen ser algunos de los más importantes. Si concentramos la mirada en nuestra concreta sociedad de Euskalerrria, siguen siendo válidas y en buena parte pendientes las tareas y colaboraciones que nos asignábamos ya en la Carta cuaresmal de 1983 (nn. 44-51): la afirmación vigorosa del valor de la vida, el testimonio de ser una porción reconciliada en medio de una sociedad enfrentada y dividida, la dedicación abnegada a la pacificación de esta sociedad y la denuncia noble de sus aspectos inhumanos.

d) La contradicción con el mundo

La comunión de la Iglesia con el mundo no puede estar exenta de contradicción. La Iglesia ha de ser lúcida no sólo para reconocer el pecado propio, sino también para reconocer «el pecado del mundo». Justamente una de las maneras eclesiales de colaborar con el mundo es ofrecerle el servicio de nuestra crítica. Una Iglesia muda ante las formas concretas de pecado no es servidora, sino cómplice.

La contradicción le expresa, en otras ocasiones, en resistencia a colaborar. El amor al mundo no comporta colaborar con él en cualquier caso y a cualquier precio. Una Iglesia demasiado complaciente con el mundo no lo ama con los sentimientos del Señor.

El mismo testimonio alternativo de la Iglesia, por el que ésta intenta mostrar al mundo, con su propia existencia, que es posible vivir y convivir de otra manera, por manso que sea, provoca reacciones de extrañeza y rechazo. Cuestiona las bases mismas de la convivencia vigente y choca con intereses muy arraigados, que se vuelven agresivos cuando se sienten amenazados incluso pacíficamente.

Comunión y contradicción se encuentran, pues, inscritas en el corazón mismo de la relación que se instaura entre la comunidad cristiana y la sociedad.

V.- PERFIL TEOLÓGICO DE LA ADHESIÓN ECLESIAL

Los rasgos de la adhesión eclesial dispersos o implícitos a lo largo de nuestra exposición forman un rostro coherente. La adhesión a la Iglesia no está sólo surcada de tensiones; tiene una armonía interna que ahora intentamos describir.

Enunciaremos en forma muy condensada el contenido, el motivo y los caracteres fundamentales de la adhesión eclesial.

1. El contenido de la adhesión eclesial

Los creyentes no nos adherimos a una Iglesia puramente invisible, sino a una Iglesia concreta que es, a la vez, visible e invisible (cfr. *Lumen gentium*, 8). Precisamente porque es también visible, es para nosotros signo de salvación.

No nos adherimos tampoco a una Iglesia perfecta, sino necesariamente deficiente, «santa y necesitada de purificación» (*Lumen gentium*, 8), llamada continuamente a la renovación y a la conversión.

Adherirse a la Iglesia equivale a participar en su comunión y en su misión, que son la sustancia misma de la comunidad cristiana.

La comunión consiste primordialmente en que todos los miembros compartimos el mismo y único Espíritu que el Resucitado. Entraña, por tanto, comunión en la misma fe, en el mismo estilo de vida moral y en la misma celebración. Se expresa en una vida comunitaria animada por el amor y la corresponsabilidad.

La misión se sustancia en servir al mundo para contribuir a su transformación en Reino de Dios. Se desgrana en el anuncio explícito del Señor, en el testimonio coherente con el anuncio, en el compromiso transformador y en la denuncia profética.

La adhesión es tanto más plena cuanto más plenamente se viven la comunión y la misión.

La única Iglesia de Cristo se realiza en toda comunidad que celebra legítimamente la Eucaristía, en la diócesis y en la Iglesia universal. La auténtica adhesión eclesial se enraíza y se expresa simultáneamente en estos tres niveles. Excluir o subestimar cualquiera de ellos revela una eclesialidad notablemente incompleta.

La adhesión es, ante todo, adhesión a la comunidad eclesial. En ella se contiene, como un elemento notable, la adhesión a los pastores, que simbolizan a toda la comunidad y la presiden en nombre del Señor.

2. Los motivos de la adhesión eclesial

La Iglesia no merece nuestra adhesión creyente porque sea una institución que pertenece a la herencia cultural que hemos recibido. Ni por la coherencia de su doctrina, ni por su solidez institucional, ni por su relieve social, ni siquiera por su calidad moral. Tampoco porque nos brinda identidad, seguridad o compañía en un mundo en el que nos sentimos desarraigados.

Nos adherimos a la Iglesia porque, fiados de Dios, la reconocemos como espacio de salvación. Ella es el pueblo en el cual Dios sigue realizando su obra salvadora y por el cual sigue llamando a los pueblos a adherirse a su Hijo. Ella es el cuerpo en el cual Jesucristo se hace presente, visible y activo por la palabra y los sacramentos y por el cual sigue viva su influencia en la historia humana. Ella es la casa en la que el Espíritu habita y despierta continuamente impulsos renovadores, movimientos hacia la unidad y la reconciliación, sensibilidad para sintonizar con Dios y entrañas para comprometerse con los pobres.

Nos adherimos a la Iglesia porque sólo en ella y por ella hemos nacido a la fe, y podemos ir madurándola y purificándola sin cesar. «En la vida y en la muerte, en esta Iglesia, mejor que en ningún otro sitio, podemos perseverar en Jesús, testigo fiel del Dios eterno» (K. Rahner).

3. Rasgos de la adhesión eclesial

No somos nosotros los que tomamos la iniciativa de elegir a la Iglesia; es Dios quien nos elige y llama a ella. Adherirse a la Iglesia no es, pues, primordialmente, prestarle un servicio o responder a una obligación. Es recibir el *don* de pertenecer a ella y de interiorizar la salvación de Dios a través de ella. En vez de preguntarnos acerca de las razones por las que no hemos abandonado a la Iglesia, deberíamos pensar en aquéllas por las que Dios no nos abandona y nos mantiene en su comunidad. «No permanezco en la Iglesia a pesar de ser cristiano. No me tengo por más cristiano que la Iglesia. Permanezco en la Iglesia porque soy cristiano» (H. Küng).

La adhesión a la Iglesia es dinámica en un doble sentido. En primer lugar, porque la Iglesia misma es una realidad dinámica. No se ha instalado estáticamente en su forma perfecta. Con la mirada puesta en su Señor, guiada por su Espíritu, y en diálogo y contraste con la sociedad, va buscando continuamente, entre aciertos y tropiezos, una configuración más adecuada para testificar a Jesús en cada situación histórica y en cada área cultural. Está dotada de una columna vertebral invariante, procedente de Jesús y de la Iglesia apostólica, y normativa para todas las épocas y lugares. Ella le permite ser percibida e identificada como *la misma* Iglesia a lo largo de la historia y a lo ancho del mundo. Pero esta estructura invariante es sobria, se reviste de formas diferentes en el tiempo y el espacio, y va envuelta en otras muchas formas variables que aparecen y desaparecen en la vida de la Iglesia.

En segundo lugar, la adhesión tiene en cada individuo y en cada grupo su propio ritmo de crecimiento, que es preciso respetar y, al mismo tiempo, estimular. Su dinámica interna le impulsa a ser *plena*, es decir, a abarcar todas las

dimensiones y todos los dinamismos del creyente. Con todo, nunca es *total*: siempre es posible una adhesión más aquilatada en cada una de estas dimensiones y dinamismos.

Contemplada desde la perspectiva del creyente, la adhesión eclesial comprende el sentido de pertenencia, la estima, la confianza, el afecto y el compromiso activo.

Contemplada desde la perspectiva de la comunidad, «el grado de pertenencia a la Iglesia no se mide por nuestro lugar en la jerarquía, sino por la intensidad y la pureza de nuestro amor, por nuestra unión con Cristo en el Espíritu Santo» (M. Philipon).

Lejos de anular o minimizar otras pertenencias humanas legítimas y saludables, la adhesión a la Iglesia se articula con ellas y se convierte en factor que favorece la unidad interior del creyente.

VI.- HACIA UNA ADHESIÓN ECLESIAL RENOVADA

La situación retratada y la doctrina formulada en los capítulos precedentes reclama una conversión de personas, grupos e instituciones eclesiales. Las páginas siguientes quieren orientar, en lo posible, esta conversión, siempre promovida por la gracia, señalándole algunos contenidos, objetivos y tareas.

1. Purificar la Iglesia

La Iglesia existe para ser signo del Reino de Dios. Ésta es su razón de ser. Nada contradice tanto a la naturaleza de la Iglesia como el hecho de que este carácter de signo quede desvirtuado por sus infidelidades y extravíos. Purificar el signo de la Iglesia es, pues, un reclamo continuo que no podemos eludir.

La situación actual hace todavía más apremiante este imperativo. La credibilidad de la Iglesia es hoy cuestionada por muchos. Su respetabilidad social ha descendido sensiblemente. Su relevancia moral es puesta en entredicho. Todo este ambiente dificulta el encuentro con los alejados y debilita la adhesión de muchos creyentes a la comunidad eclesial. Para suscitar y robustecer la adhesión es, pues, necesario purificar el signo de la Iglesia.

1.1. Purificar la realidad de la Iglesia

Pero purificar el signo de la Iglesia es algo más profundo que mejorar su imagen. No se trata de un programa de «marketing» ni de una operación de cirugía facial. Se trata, ante todo, de un cambio real de la vida de los creyentes, de las comunidades y de las instituciones eclesiales. En lenguaje cristiano, este cambio se llama conversión.

Convertirse significa, para la Iglesia, profundizar en sus opciones fundamentales: la pasión por Dios, la fraternidad entre sus miembros, la inquietud evangelizadora, la voluntad de servicio a la sociedad, la debilidad para con los pobres, la comunidad cristiana en todos sus niveles descubre sus infidelidades cuando se mira en el espejo de estas grandes opciones. Y en ese mismo espejo encuentra las pistas para su conversión.

La pasión por Dios alerta a la Iglesia ante la tentación, no siempre superada, de convertirse en su propio ídolo. En tiempos de inclemencia, la *obsesión por la propia subsistencia* y el afán de buscar apoyo en el poder y en las leyes favorables son muy explicables, pero no dejan de ser idolatría para la comunidad cristiana.

En tiempos de moral colectiva baja cobra fuerza en la Iglesia la inclinación a *mundanizarse*, es decir, a plegarse sin discernimiento evangélico a los criterios, valores, actitudes y comportamientos inducidos por una sociedad sumamente poderosa que, en vez de ser seducida por el Evangelio, tiende a erigirse en un ídolo seductor para los creyentes.

La opción por la fraternidad ha de impulsar a los creyentes a deponer el *individualismo* y la *pasividad*. Ellos restan a la comunidad cristiana el brillo necesario para servir de punto de referencia a la sociedad y el atractivo para convocar a los distantes y confortar a los cercanos.

A la luz de la opción por la evangelización, tomamos conciencia más viva de una de las tentaciones eclesiales más poderosas del momento presente: *el miedo*. Él nos induce con frecuencia a confinarnos dentro de los muros de la Iglesia en una actitud desconfiada e incluso reivindicativa ante la sociedad. Provoca en otras ocasiones un reflejo acomplejado de disolverse y diluirse en la sociedad. Confinamiento y dispersión son dos tentaciones, producidas por el mismo miedo, que encontramos ya en los albores de la Iglesia. Sólo cuando se libra de este miedo siente la Iglesia la libertad para anunciar sin complejos todo el Evangelio y la fortaleza para soportar la cruz de no ser comprendida e incluso de ser perseguida.

La opción por el servicio a la sociedad debe ir minando la propensión al *corporativismo*, tan acusada en nuestro mundo, tan contraria a la naturaleza misma de la Iglesia y tan connatural en épocas de indiferencia o de rechazo social.

En fin, la opción por los pobres ha de obligar a la Iglesia a vencer la tentación de quedar atrapada en las redes, tan humanas y tan poco evangélicas, del afán de *honor*, de la afición *al dinero* y del miedo a ser *marginada* con los marginados.

1.2. Purificar los signos de la Iglesia

La Iglesia entera es el signo fundamental del Reino de Dios. Pero muchas personas no la perciben directamente en su globalidad, sino a través de realidades eclesiales fragmentarias, que son como signos menores del gran signo. Más aún: podemos decir que todos experimentamos el gran signo de la Iglesia a través de signos menores y parciales. Descubrimos la Iglesia en experiencias de Iglesia.

La calidad evangélica mayor o menor de estos signos menores es decisiva para la adhesión eclesial. Ellos pueden suscitar unos lazos inexistentes o fortalecer los existentes. Pero pueden también congelar o debilitar todo posible movimiento de incorporación a la Iglesia o debilitar su vigor. Veamos algunos que estimamos relevantes:

– EL SIGNO DE LA ACOGIDA

Muchas personas distantes de la Iglesia acuden a comunidades e instituciones eclesiales para solicitar de ellas diversos servicios asistenciales, educativos o pastorales. La acogida que les dispensamos es ya un primer signo de la comunidad cristiana. En medio de una sociedad acostumbrada a la acogida desganada «del funcionario» y a la acogida interesada «del vendedor», la acogida evangélica guarda, por el hecho mismo de ser un bien escaso, una capacidad de sorprender y de predisponer favorablemente los espíritus hacia la comunidad en cuyo nombre acogemos.

El rasgo fundamental de la acogida evangélica es la gratuidad. Se manifiesta en la actitud cercana, en la aceptación incondicional, en la escucha sosegada y en la ofrenda generosa de nuestro tiempo. Deberíamos cuidar con mayor esmero este signo valioso. Las obras eclesiales deberían dedicar a esta tarea personas capaces y preparadas.

– EL SIGNO DE LA CALIDAD HUMANA Y CRISTIANA DE NUESTROS SERVICIOS

Los servicios asistenciales, educativos y pastorales deben llevar la «marca de origen» de la auténtica comunidad cristiana. Los rasgos de esta marca son la motivación evangélica, la dedicación, la competencia, la apertura a los desheredados, el espíritu participativo y la simplicidad. Tales rasgos deberían permitirnos distinguir nuestras obras de otros servicios sociales semejantes. Cuando así sucede, sale beneficiada la credibilidad de la comunidad entera.

Con mucha alegría hemos visto florecer durante los últimos años en nuestras diócesis numerosas iniciativas de servicio a los marginados. Es difícil encontrar un signo eclesial más auténtico y más regenerador de la imagen social de la Iglesia.

– EL SIGNO DEL TESTIMONIO «CAPILAR» DE LOS CRISTIANOS

Arraigado como sus conciudadanos en el espesor de la vida civil, cada creyente es, en el área en que está enraizado, una presencia de la Iglesia. Puede sentirse con verdad allí signo y enviado de la comunidad cristiana. Su testimonio de palabra y obra no es pura expresión de su fe personal. Quienes conviven con él habrían de entrever también un reflejo del testimonio de la Iglesia.

Este testimonio «capilar», tan vigoroso en otras épocas de la historia, es extremadamente necesario hoy si queremos evitar que la comunidad cristiana quede reducida a una «reserva». Para muchas personas, el creyente que convive y trabaja con ellos es el signo más cercano y más intenso, si no el único, de la vida de la Iglesia. Tal vez uno de los síntomas reveladores de la debilidad de la comunidad cristiana sea el escaso vigor de este testimonio capilar. La pertenencia a la Iglesia, es, en muchos creyentes, algo que se vive tan «discretamente» en la vida civil que pasa casi inadvertida. Comprendemos que ser miembro activo de la Iglesia no tiene hoy buena prensa en muchos ambientes. Pero no deja de preocuparnos una pertenencia tan acolegada.

– EL SIGNO DE LA «VERDAD» DE LOS SACRAMENTOS

La vida litúrgica de una comunidad es un signo de Iglesia al alcance de muchas personas. La vitalidad de las celebraciones es un buen indicador del vigor cristiano de la comunidad.

Una celebración orante, participativa, cuidada, animada por el canto, enriquecida con la palabra precisa que ilumina la vida, cuajada en gestos de sintonía con los problemas humanos, es una verdadera experiencia de Iglesia que robustece la adhesión y cohesión de los creyentes y suscita inquietudes saludables en gente distante o descuidada.

Una celebración desgana, rutinaria, carente de tensión oracional y de ritmo, desconectada de las inquietudes del entorno, favorece la desconexión de los participantes o la piedad individualista e induce en los distantes una imagen fosilizada, extraña y residual de la comunidad eclesial.

– EL SIGNO DE LOS PASTORES

Razones teológicas y sociológicas hacen de obispos y presbíteros un signo institucional, más intenso, de la comunidad cristiana a la que presiden y representan. Su palabra y su testimonio son percibidos más espontáneamente como reflejo de la comunidad. Su carisma propio consiste en contribuir a la cohesión de la comunidad y, por tanto, en suscitar la adhesión de los miembros.

Toda la vida de un pastor está llamada a ser un signo de la entera comunidad cristiana para cercanos y distantes. Alcanza esta condición cuando, adherida a la voluntad del Padre y empeñada en el seguimiento de Jesús, reproduce en sus actitudes y comportamientos, por la acción del Espíritu, los rasgos del Buen Pastor. La abnegación por la comunidad, la esperanza apostólica, el desinterés y la voluntad de seguir creciendo en su calidad de pastor son algunos de los rasgos apuntados por el Vaticano II (cfr. *Presbyterorum ordinis*, 13 y 14).

El contacto del pastor con la gente es la vía ordinaria para ejercer este servicio de signo eficaz de adhesión. La creciente organización y diversificación de la pastoral y la deseada participación de los laicos pueden retraerle en parte de este contacto directo que es para él un apremio al que no puede renunciar. Nosotros mismos, los obispos, solicitados por actividades de organización y de gestión que pertenecen a la infraestructura del ministerio pastoral, incurrimos más de una vez en la tentación de recortar este contacto directo tan confortador para los cristianos y tan estimulante para nuestra propia vida. Tenemos que encontrar fórmulas que nos permitan dedicar más tiempo a esta tarea primordial. Y es vital que los presbíteros se entreguen a ella con toda abnegación.

– EL SIGNO DE LAS COMUNIDADES VIVAS

Pero el signo de la Iglesia resplandece con especial fulgor en sus comunidades menores más vivas y evangélicas. En ellas se reflejan muchos aspectos de la comunidad católica. Ellas poseen un fuerte poder evocador que alimenta la adhesión de los suyos, estimula la eclesialidad de otros creyentes y provoca incluso la sorpresa admirativa de muchos distantes.

Estas comunidades tienen su modelo en las comunidades de la era apostólica, retratadas en el Nuevo Testamento. Reproducir de manera fiel y creativa la vida de estas comunidades se revela especialmente necesario en una hora de grave preocupación para la comunidad cristiana. Estamos persuadidos de que sólo unas comunidades fuertes, de vida intensa e incluso exigente, podrán ser para la gran mayoría de creyentes, hogar que los alimente para la ruda tarea de un vivir diario en condiciones difíciles para la fe. Sólo una participación activa en estas comunidades sostendrá una adhesión eclesial sometida al riesgo de la erosión continua. Sólo un aliento místico compartido podrá afirmar a Dios como Dios en una época propicia a las idolatrías, y a Jesús como a Señor en una sociedad poblada de tantos «señores». Sólo un impulso misionero refrescado en

comunidad mantendrá en los creyentes la viva conciencia de haber recibido una «buena noticia» y la encendida pasión por testificarla sin orgullo y sin complejos.

La experiencia de la Iglesia «menor» es vital para introducirnos en la experiencia de la Iglesia «mayor». Pero este paso capital requiere en la comunidad no sólo un elevado nivel de comunión interna, sino una verdadera pasión por la comunión con otros grupos creyentes y con aquellos que presiden a todos en el nombre del Señor.

1.3. Purificar el rostro de la Iglesia

Una vez asentada la preocupación por purificar la vida y los signos de la Iglesia, podemos acoger sin escrúpulos la inquietud de velar por la verdadera imagen de la Iglesia.

No se trata de una inquietud sin motivos. Por un lado, la Iglesia es necesaria para que las personas y los grupos acojan explícitamente a Jesucristo por la fe y sean miembros conscientes de su comunidad. Por otro lado, son cada vez más numerosas las personas y los estratos sociales que no tienen prácticamente otra experiencia de Iglesia que la imagen que de ella perciben en el ambiente. Esta imagen, en parte heredada del pasado, es fuertemente remodelada por los medios de comunicación social. Ellos subrayan selectivamente determinados aspectos no siempre risueños de la Iglesia, desorbitándolos con bastante frecuencia. Al mismo tiempo, omiten o desdibujan aspectos de la vida eclesial más importantes y más reconfortantes. La imagen eclesial resultante queda profundamente alterada y es globalmente negativa.

Si la comunidad cristiana mantiene su pretensión de ser signo de Jesús y de su Reino también para estos ambientes, habrá de intentar purificar esta imagen para que, lejos de ser piedra de escándalo, pueda ser reclamo que provoque un encuentro saludable.

Pero, además, la imagen ambiental de la Iglesia se ha convertido en mediación importante para la misma comunidad cristiana. Plantados en una parcela de la Iglesia, tenemos siempre una experiencia eclesial fragmentaria, y estamos continuamente recibiendo impresiones y valoraciones acerca de otras parcelas o de la Iglesia entera a través de unos medios de comunicación social casi omnipresentes. El poder de la imagen de Iglesia que ellos destilan es tan fuerte que erosiona notablemente la adhesión de muchos creyentes.

Somos conscientes de que la comunidad cristiana tiene que arrostrar en este mundo una tasa de incomprensión tanto mayor cuanto más resueltamente quiera seguir a Jesús. Pero estamos persuadidos de que algunos rasgos de la imagen social que hoy tiene la Iglesia no han brotado precisamente de su fidelidad al Señor y de su espíritu evangélico.

Somos igualmente conscientes de nuestra limitada capacidad para rectificar y enriquecer esta imagen social, que se rige por leyes que se escapan a nuestro control. Pero existe un margen de posibilidades que no podemos subestimar. ¿De qué manera utilizarlas?

La primera consiste en no generar hechos y acontecimientos que sean materia prima para la elaboración de unas noticias que crean descrédito entre los alejados y desazón entre los cercanos. La Iglesia tiene que adoptar a veces actitudes y comportamientos que escandalizan a los «sensatos» y a los «poderosos» de este mundo. Cuando se ponga del lado de los pobres o cuando recuerde verdades incómodas sobre el hombre ante una opinión pública que tiende a confundir modernidad con frivolidad, tendrá que cargar con una imagen negativa ante el mundo, que es, sin embargo, positiva ante Dios. Pero no siempre es éste el caso. Actitudes morales rigoristas, connivencias poco críticas con los poderes de este mundo, reflejos autoritarios y centralistas, recelos desmedidos ante la sociedad... son fuente de una imagen no sólo criticada por el mundo sino criticable ante el Evangelio.

Crear, ensanchar e intensificar los canales de comunicación internos a la comunidad cristiana parece otro medio más que deseable. Es preciso que incluso los grupos eclesiales más elementales puedan recibir una versión autorizada y contrastada de los hechos más relevantes y significativos que suceden a lo ancho de la Iglesia. De este modo, se iría gestando en todos los niveles una imagen que favorecería la adhesión, y los creyentes tendrían elementos de juicio para discernir las versiones que encuentran audiencia en la opinión pública.

Nuestras Iglesias locales tienen aquí una tarea nada desdeñable. Nosotros mismos hemos de encargarnos de crear y mejorar cauces adecuados para recoger, dentro y fuera de la diócesis, la información eclesial necesaria y para transmitirla regularmente.

Los medios de comunicación social de la misma Iglesia pueden y deben ofrecer a la opinión pública una imagen eclesial más veraz y más estimuladora. Pero su primer cometido no es transmitir una imagen adecuada de la Iglesia, sino ser, en su misma contextura, imagen y pequeña realización de lo que quiere y debe ser la Iglesia. Su pasión por la verdad, su insistencia en los valores sociales y morales y su estructura participativa, han de ser transparentes. No les es propio competir con los grandes de su ramo, ni desteñir sus opciones eclesiales en aras de una política comercial agresiva, ni fomentar la frivolidad o el consumismo. Si no es posible mantener unos medios de comunicación social con rostro evangélico y eclesial definido, es mejor que sepamos desprendernos de ellos discretamente.

En cualquier caso, los cristianos profesionales de la comunicación, particularmente los informadores religiosos, pueden contribuir, desde los medios en los que trabajan, a regenerar la imagen pública de la Iglesia. Ésta es una dimensión nada insignificante de su vocación eclesial. Buscar información en fuentes fidedignas, adquirir formación eclesial y ofrecer, siempre que sea posible, un rostro amable de la comunidad cristiana, son cometidos que esperamos sepan desempeñar responsablemente.

La comunidad eclesial –y sobre todo sus representantes– debemos ir madurando en transparencia informativa ante los medios de comunicación social. Tres son los componentes de dicha transparencia. El primero consiste en aprender a comunicar a través de estos medios, que tienen su propio lenguaje. El segundo, en mantener una relación franca y noble, igualmente alejada de la

adulación y del recelo, y nada medrosa cuando seamos requeridos a comparecer ante ellos. El tercero, en una política informativa que no confunda la necesaria discreción con el secretismo y la parquedad.

Todos y cada uno de los cristianos somos, a la vez, emisores y receptores de una determinada imagen de Iglesia. Si nuestra adhesión eclesial es de mucha calidad, transmitiremos espontáneamente una imagen, que, incluso cuando sea crítica, resultará entrañable. Si la adhesión está averiada, no podremos evitar, aunque lo intentemos cuidadosamente, un poso de frialdad o de amargor que provocará una mayor distancia.

2. Cultivar los elementos de la adhesión eclesial

Una comunidad cristiana renovada puede reclamar de manera más persuasiva la adhesión de sus miembros. Pero la comunidad más convertida se encontrará siempre con la libertad y la dificultad de una verdadera adhesión de la persona.

La adhesión a la Iglesia es gracia, pero es también conquista. Es don, pero es también tarea. Es de Dios, pero es también nuestra. Llegamos al momento de esbozar los caminos para suscitara, sanarla y robustecerla.

Todos los elementos que constituyen la adhesión pueden agruparse en torno a estos tres polos: conocimiento, estima, compromiso.

2.1. Conocer a la Iglesia

En el núcleo de la adhesión a la Iglesia está el conocimiento de la fe, la lectura creyente de la Iglesia.

La lectura creyente no invalida los datos y los resultados de otra lectura que se acerca a la Iglesia como a una institución humana para analizar su estructura, su funcionamiento y sus relaciones con otras instituciones. Muy al contrario, estos análisis, realizados con los instrumentos propios de las ciencias humanas o simplemente con una certera e intuitiva observación, son muy útiles para examinarla con rigor y criticarla con acierto. Pero en el creyente han de estar al servicio de una lectura «espiritual» de la Iglesia que, iluminada por la fe, descubre en ella unas dimensiones que los análisis antedichos no detectan en modo alguno. Quien se abstiene de tal lectura creyente puede admirar a la Iglesia o detestarla. Puede incluso explicarla. Pero no puede comprenderla en su naturaleza más profunda.

Nos parece que son todavía frecuentes entre los creyentes dos lecturas incompletas a las que nos atrevemos a llamar, respectivamente, «espiritualista» y «materialista». La primera ignora, idealiza o minimiza –ingenua o interesadamente– los aspectos visibles y problemáticos de la Iglesia, para refugiarse en sus aspectos invisibles y sublimes. La segunda, impactada por un análisis que, con mayor o menor rigor, se detiene en los aspectos humanos y deficientes, experimenta una gran dificultad para afirmar con vigor la otra dimensión y reconocer prácticamente que la Iglesia es más que la suma de los análisis humanos. La

primera pertenece más al pasado, aunque pervive en el presente. La segunda es más característica del momento actual. Ninguna de las dos está a la altura de una fe adulta que, entre la lectura materialista y espiritualista, opta por una lectura «espiritual» de la Iglesia.

Éstas y otras deficiencias revelan la necesidad de una catequesis acerca de la Iglesia. Comprendemos las dificultades de una catequesis sobre una realidad tan contestada y tan vulnerable. Es tal el malestar para con la Iglesia en algunos ambientes que el mismo hecho de ofrecer una catequesis suscita el recelo propio de quien sospecha que se quiere desactivar con ella un sentimiento de descontento y de protesta necesarios para hacerla avanzar. Por estas dificultades se la va descuidando o difiriendo, a veces «sine die», cuando en realidad ellas son un motivo más para abordarla con todo el empeño. He aquí un déficit preocupante que deseamos señalar. Ofrecer y demandar una catequesis acerca de la Iglesia es una tarea necesaria y urgente.

Esta catequesis debería ser un itinerario que tuviera como punto de arranque la situación real de las personas y grupos ante la Iglesia, sus experiencias eclesiales adquiridas y sus vacíos, sus afinidades y resistencias. Nuestros Secretariados están especialmente invitados a preparar y a afinar materiales catequéticos aptos para aquellas situaciones diferentes.

Más aún: la Iglesia no es una realidad disecada; es una realidad histórica. Vive con la fuerza del Espíritu y bajo el peso de la carne. Este forcejeo entre el Espíritu y la carne se refleja en su historia pasada y en su vida actual. Conocer a la Iglesia entraña, por tanto, conocer su historia y, sobre todo, su vida presente. Es verla buscar, avanzar y retroceder, descuidarse y convertirse, acentuar hoy unos valores y contrapesarlos mañana con el subrayado de otros igualmente cristianos. Ella camina también a media luz, como Israel en el desierto.

Estamos convencidos de que la gran mayoría de los creyentes apenas perciben la vida de su Iglesia, sus proyectos, sus preocupaciones, sus empresas y sus logros. Una información fiable y continua contribuiría a dar carne concreta a nuestro conocimiento de la Iglesia.

2.2. Estimar a la Iglesia

Para suscitar la adhesión, el conocimiento ha de estar impregnado de la estima. A través de ella, nuestra afectividad queda vinculada al objeto de nuestra adhesión.

a) El sentimiento de pertenencia

El primer componente de la estima a la Iglesia es *el sentimiento de pertenecer* a ella. Se trata de una pertenencia recíproca: nosotros pertenecemos a la Iglesia y ella nos pertenece. Hemos sido convocados por Jesús a prolongar su misión perteneciéndonos unos a otros.

Nuestra primera tarea es *valorar* esta pertenencia. Ella es un elemento necesario de la identidad: uno no sabe quién es, mientras no sepa a quién pertenece. El ser humano va adquiriendo conciencia de su identidad a medida que va

percibiendo sus pertenencias fundamentales. Para un cristiano, una de ellas, es la pertenencia a la Iglesia. No hay, pues, conciencia neta de identidad cristiana sin el sentimiento vivo de pertenecer a la comunidad eclesial.

Una pertenencia así sentida y valorada ha de provocar una intensa *empatía* entre los miembros y su comunidad. En virtud de la empatía, entramos dentro de la piel de la Iglesia y asumimos como propia su historia, con sus páginas luminosas y sus pasajes oscuros, a la manera como, miembros de una familia humana, asumimos su pasado como propio. En virtud de la empatía, nos sentimos también solidarios de las grandezas y miserias presentes de la comunidad cristiana. No se nos ocurre desmarcarnos de esta solidaridad y no sentirnos afectados ni aludidos por sus pecados y desaciertos.

El sentimiento de pertenencia ha de impedirnos concebir y experimentar nuestras relaciones con la comunidad en términos de derechos y deberes, de utilidad e incomodidad. Estas consideraciones son secundarias. Naturalmente han de respetarse cuidadosamente los derechos humanos dentro de la Iglesia. Hemos de confesar que somos a veces más lúcidos para detectar su incumplimiento fuera de la comunidad que dentro de ella. Pero las relaciones entre un creyente y su comunidad no se plantean fundamentalmente en términos jurídicos o utilitarios. En una comunidad de amor, la relación desborda el cálculo y se rige por la generosidad y la abnegación.

El sentimiento de pertenencia a la Iglesia ha de extenderse a los tres niveles fundamentales en los que ella se actualiza: la comunidad inmediata, la comunidad diocesana y la comunidad universal.

La comunidad –inmediata–, formada por un grupo reducido de creyentes de mentalidad y sensibilidad bastante homogéneas y de vínculos interpersonales intensos, es muy saludable para la fe eclesial. El sentimiento de pertenencia es vivo y fuerte. Su riesgo consiste en la dificultad para abrirse a la comunidad mayor (parroquial, diocesana, universal). Una conciencia de selectos, un menor aprecio de la calidad cristiana de la comunidad grande y una reserva distante ante los pastores, son, en ocasiones, rasgos reales que estas comunidades inmediatas deben evitar con cuidado.

Para muchos cristianos el espacio eclesial inmediato es la parroquia. Ella arraiga al creyente en una comunidad más amplia, más plural, más entroncada en la Iglesia y en la sociedad. También en ella suele darse el peligro de un aislamiento que empobrece el sentimiento de pertenencia. La mirada y la sensibilidad de bastantes creyentes no desborda mucho los límites parroquiales. El intercambio real y cálido con otras parroquias y la viva conciencia de ser célula de la diócesis nunca deben ser rasgos secundarios. Los setos que distinguen unas parroquias de otras no deben llegar hasta las estrellas.

Son menos los cristianos que se sienten fuertemente vinculados por la fe y el afecto a la Iglesia local o diócesis. Ésta es para muchos poco más que una provincia de la Iglesia. La teología de la Iglesia local no autoriza una visión tan corta ni un afecto tan escaso. En la base de semejante pobreza están un pobre conocimiento y una pobre experiencia de la diócesis. Nosotros, antes que nadie, nos sentimos interpelados por esta deficiencia. Los símbolos que representan a

toda una comunidad juegan, sobre todo cuando ésta es muy numerosa, un papel aglutinador insustituible. El obispo es, por definición, símbolo de su comunidad diocesana y debe ejercer intensamente su función a través de una presencia incansable y multiforme entre los suyos.

La Iglesia local o diócesis es una Iglesia completa: posee todos los elementos sustanciales que definen a la Iglesia. Pero con una condición: que esté en comunión con las otras Iglesias locales y con aquél que las preside en nombre del Señor. Cuando esta comunión palidece se debilita la vida eclesial de la diócesis, que consiste justamente en la comunión. Si el déficit de comunión interna es sensible en nuestras diócesis, la salud de sus lazos con la Iglesia extendida por todo el universo y con su primer responsable, el Papa, no es siempre la deseable.

La amplitud de la Iglesia universal, la variedad de sus Iglesias particulares, el escaso conocimiento debido a la sobria comunicación mutua y la preocupación absorbente por los problemas locales, dificultan la emergencia de un sentimiento vigoroso de pertenencia a la entera comunidad católica. La misma actividad incansable del sucesor de Pedro a lo largo de toda la Iglesia, al tiempo que estimula en muchos el sentimiento gozoso de pertenecer a la única comunidad católica, es sentida por bastantes, en estos tiempos de tantas reacciones encontradas, como una intervención excesiva que altera y unifica en exceso el ritmo y el estilo de las Iglesias locales.

Estos síntomas verdaderamente preocupantes nos urgen a confesar una vez más nuestra profunda comunión de pastores con el Obispo de Roma, al tiempo que nos invitan a ejercer sin descanso, con la libertad y responsabilidad de quienes representamos directamente al mismo Señor, una función ejemplar, educadora y correctora, encaminada a sanar y fortalecer la comunión de nuestras comunidades con la Sede Apostólica.

El sentimiento de pertenencia se alimenta, en fin, de experiencias reales y simbólicas de comunión. Nada favorece tanto el nacer y crecer de este sentimiento como el compartir la vida y los símbolos del grupo al que estamos vinculados. Como sucede con el espíritu de familia, el espíritu eclesial se fragua a medida que sus miembros vivimos juntos las vicisitudes de la vida común, y se consolida cuando celebramos juntos lo que estamos viviendo. Convivir, colaborar, concelebrar son tres verbos generadores de pertenencia sentida. Las celebraciones litúrgicas, los sínodos diocesanos, las asambleas parroquiales, las convivencias de responsables son creadores de este sentimiento.

b) El afecto y la confianza

– EL AFECTO

La comunidad cristiana no es sólo objeto de nuestro conocimiento ni sede de nuestra afiliación. Es también destinataria de nuestro afecto. Querer a la Iglesia puede resultar difícil. Postular este afecto puede resultar molesto. Pero es deber nuestro urgíroslo, porque es un componente necesario de la adhesión.

No podemos ocultar que muchas apreciaciones de creyentes relativas a la Iglesia nos apenan precisamente por la frialdad que delatan dentro incluso de su

misma moderación y «objetividad». Pero, ¿se puede ser objetivo con un ser humano sin amarlo? ¿Puede un hijo de la Iglesia llegar a «objetivarla» de esta manera? ¿No hay una lucidez compatible con el amor?

En los miembros de una familia los desacuerdos, la incompatibilidad de temperamentos y las mismas rivalidades se inscriben en un contexto de amor subyacente, que envuelve a la familia entera y que es garantía y signo de la salud familiar. Es preciso que algo de esto suceda también en la Iglesia.

El afecto se engendra, sobre todo, en la experiencia de haber sido y de ser querido. Nuestra capacidad de amar depende de la cantidad y la calidad del amor con el que hemos sido amados. Ahora bien: cuando repasamos el itinerario de nuestra concreta vida creyente desde sus inicios hasta hoy, quedamos abrumados por el amor en que nos han venido envueltos los servicios que han alimentado aquella fe. La iniciación a la fe en la familia, la catequesis parroquial y escolar, la formación de nuestra fe adolescente y juvenil, las palabras y escritos de maestros de la vida cristiana, la orientación personal recibida en momentos importantes de nuestra existencia, el ejemplo estimulador de cristianos y de grupos eclesiales, es, ante todo, una «historia de amor». Al evocarla emerge en nuestra memoria un nutrido grupo de testigos eclesiales con rostro concreto: padres, catequistas, educadores, monitores, presbíteros, comunidades... Tras todos ellos se nos revela discretamente el rostro de la Iglesia.

Podemos disentir de concretas orientaciones y contenidos; podemos criticar la validez para hoy de ciertos modelos y testigos; podemos reconocer que no todo lo que recibimos fue tan precioso como la fe y el amor. Pero no podemos ignorar el amor de estos creyentes en el cual se nos mostraba un «amor más grande»: el amor de la Iglesia y el amor del Señor.

Ese amor puede y merece despertar en nosotros un afecto verdadero a la Iglesia. Ni los defectos de la comunidad, ni las tensiones vividas con grupos eclesiales o con presbíteros u obispos deben apagarlo. Es un valor más precioso que todas nuestras disputas.

– LA CONFIANZA

El afecto facilita la confianza. Confiar en la Iglesia no significa entregar a nadie un «cheque en blanco». Las personas, los grupos, las instituciones pueden decepcionarnos. También la Iglesia. Dios es el único que no nos falla nunca.

Precisamente porque Dios no nos falla nunca confiamos en la Iglesia. Porque Jesús cumple siempre sus promesas, sabemos, con la sabiduría de la mente y del corazón, que estará con su comunidad hasta el fin de los tiempos (Mt 28,20). Porque Jesús ha empeñado su palabra de que no permitirá que la Iglesia claudique sustancialmente en lo fundamental, nosotros confiamos radicalmente en la Iglesia y preferimos sus garantías a nuestras propias seguridades.

Esta confianza radical es como un fermento que, combinado con el afecto, va conquistando nuestro interior y generando en él una inicial actitud positiva ante el comportamiento de grupos eclesiales, de la comunidad entera o de sus pastores. Porque el Espíritu garantiza mucho más que los mínimos y crea en su

Iglesia lucidez y generosidad abundantes, el talante de recelo y sospecha previos no es coherente con aquella confianza radical ni con la dinámica que suscita. La confianza nos induce a pensar bien de entrada y a no pensar mal hasta que los hechos nos lo hayan demostrado palmariamente. No neutraliza nuestra lucidez; únicamente la sitúa para que «no se pase la lista».

2.3. Comprometerse con la Iglesia

La adhesión, posibilitada por el conocimiento e iniciada en la estima, se madura en el compromiso.

La adhesión eclesial entraña un triple compromiso. Los tres componentes de este compromiso son inseparables en una lógica cristiana. Optar por Jesús es, al mismo tiempo, aceptar su mensaje e imitar su forma de existencia orante y comprometida. Seguir a Jesús en la comunidad significa aceptar que ésta es mediadora de nuestro comportamiento, tanto en el área de la confesión y celebración de la fe como en el plano de la conducta individual y social. Aceptar la competencia de la Iglesia para regular mi fe y mi práctica religiosa, e ignorar dicha competencia a la hora de regular la conducta moral, es muy comprensible desde la óptica del corazón humano y desde la mentalidad dominante en nuestra cultura. Pero es separar artificiosamente dimensiones que están unidas conaturalmente.

a) Celebrar la fe

Hemos aludido ya a la crisis de la práctica religiosa. Es cierto que muchas de nuestras celebraciones litúrgicas no resultan estimuladoras para creyentes desganados ni, tal vez, para creyentes inquietos. Es verdad que en la vida de bastantes son un gesto vacío que no recoge una existencia que, entre debilidades y tropiezos, quiere desplegarse en coherencia con la fe.

Sin embargo, las deficiencias reales no anulan ni el valor ni la necesidad de una verdadera vida celebrativa. Ella expresa incomparablemente que toda la vida es ofrenda a Dios. En ella, conscientes de que nuestra vida real es infiel y deficitaria en muchos aspectos, la abrimos al Señor y a su Espíritu para que la restauren y fortalezcan con su gracia. Ella posee, sobre todo en la Eucaristía, una eficacia sacramental que vigoriza nuestros vínculos comunitarios. Incluso el mero gesto social de encontrarse y compartir es un verdadero símbolo que, por serlo, refresca la solidaridad entre los participantes.

Queremos detenernos ahora especialmente en una práctica concreta, vital para la existencia cristiana: la Eucaristía dominical.

Este acto, central en la vida creyente de un miembro de la Iglesia, es mucho más que un «deber religioso»: es un gesto cargado de sentido. Lamentablemente la insistencia en su carácter obligatorio ha acentuado en exceso la conciencia de deber con que muchos cristianos se acercan a la Eucaristía dominical, y no les ha ayudado a estimarla y valorarla como «cumbre y meta de la vida cristiana» (*Sacrosanctum Concilium*, 10).

Reunirse domingo tras domingo para participar en la Eucaristía es, en primer lugar, un gesto de *fidelidad* muy bien estimable en un ambiente en el que tantos se desenganchan de sus vínculos con la comunidad cristiana y en medio de un mundo que no valora los compromisos estables y definitivos.

La Eucaristía del domingo, refresca nuestra *identidad cristiana y eclesial* en el encuentro, con otros hermanos. Tras haber vivido en diáspora durante toda la semana, diseminados en mil rincones y tareas, el reencuentro dominical está llamado a confortar los lazos familiares de los miembros de la comunidad y nos muestra intuitivamente que no somos «caminantes solitarios» sino pueblo en marcha.

Participar cada domingo en la Eucaristía significa asumir la vida entera de la semana, con sus fidelidades y sus debilidades, y convertirla explícitamente en *ofrenda* a Dios, compartida con los hermanos y avalada por Jesús.

Asistir dominicalmente a la Eucaristía supone asegurar periódicamente un espacio de sosiego para dejarnos iluminar, consolar e interpelar por la palabra de Dios y para ser regenerados por su gracia.

Reunirse todos los domingos en torno a la Eucaristía es una espléndida manera de testificar en nuestro derredor que Dios es Dios para nosotros; que Jesucristo está vivo; que su comunidad es nuestra familia y nuestra casa.

Celebrar la Eucaristía unidos a todas las comunidades sembradas en el mundo y en el día mismo en que resucitó el Señor es, ante todo y sobre todo, hacer presente, patente y operante en medio de nosotros el acontecimiento de su muerte y de su vida transfigurada y transfiguradora, que es el cimiento de la comunidad cristiana y la esperanza del mundo entero.

b) Conducta moral

Seguir a Jesús en la Iglesia entraña indispensablemente aceptar como norma del propio comportamiento la enseñanza y la conducta moral del Señor, tal cual son entendidas e interpretadas por la comunidad cristiana.

Todo el organismo de la comunidad, habitado por el Espíritu de Jesús, tiene sensibilidad para sintonizar con los valores morales vividos y propugnados por el Señor e intuición para encarnarlos y retraducirlos en las condiciones concretas de su existencia. Este organismo cuenta con un órgano especializado, asistido de manera singular por el mismo y único Espíritu, para recoger, formular, estimular, completar, purificar y, en su caso, corregir aquella sensibilidad: los pastores de la comunidad. Al ejercer su magisterio le brindan el servicio de mantener íntegro el mensaje moral del Nuevo Testamento. La adhesión a este magisterio es, pues, elemento indispensable de la adhesión a la comunidad y, sobre todo, a su Señor.

Muchos factores, ya recogidos en otros pasajes de esta Carta vuelven hoy especialmente penosa la aceptación del magisterio moral de la Iglesia. Debemos añadir uno que acrecienta notablemente esta dificultad: la sensibilidad actual percibe muy negativamente el modo como se ejerce este magisterio.

Según esta sensibilidad, el magisterio invade a menudo el área íntima de la conciencia al formular normas minuciosas y casuísticas que en la práctica sustituyen y suplantán la deliberación y decisión personales. Bastantes de sus prescripciones están trasnochadas, es decir, acuñadas, en unos conceptos que suponen una visión del hombre, de la sociedad y de la misma naturaleza, ya superadas por las adquisiciones sólidas de la ciencia. Con frecuencia son urgidas con parecida intensidad aquellas propuestas morales que son claramente vinculantes para toda conciencia cristiana y aquellas otras que son sólo recomendables u opcionales. El magisterio es, en fin, más insistente y más preciso en el terreno de la moral sexual y familiar. Esta insistencia denota una sensibilidad selectiva que no se corresponde con los «puntos calientes» de la sensibilidad evangélica.

Las objeciones reseñadas no hacen menos necesario el ejercicio del magisterio moral. Antes bien, en una época, en la que la sensibilidad secular es tan poderosa y tan desligada de la inspiración evangélica, resulta vital discernirla para que el mensaje moral de Jesús no quede diluido y neutralizado en el seno de la misma comunidad cristiana. La comunidad y los especialistas en teología moral tienen su parte en este discernimiento. Tiene también el suyo el magisterio de los pastores. Y para aceptarlo se requiere una adhesión adulta, cuyos rasgos vamos a esbozar brevemente.

Una adhesión adulta se contrapone a la adhesión infantil y adolescente. La adhesión infantil, carente de una conciencia personal madura, permite –e incluso exige– al magisterio que le dicte unas normas morales netas y válidas para todos los casos concretos. La adhesión adolescente se ve tentada de oponerse sistemáticamente a las normas por recelo o espíritu de contradicción.

En la adhesión adulta, en cambio, se interpenetran y combinan fidelidad y libertad. Ella recoge y hace suyos con fidelidad religiosa, motivada por la fe, los grandes *valores* morales contenidos en el magisterio de sus pastores: el respeto a la vida humana, la defensa de la dignidad de todo hombre, la exigencia de solidaridad, etc. Una conciencia cristiana adulta es consciente de que existen todavía zonas paganas en su sensibilidad moral, sometida a la influencia del ambiente, y se deja interpelar y educar por la palabra de sus pastores. Sabe que, en una época que no se caracteriza precisamente por la fidelidad a los principios, corre ella misma el riesgo de enredarse en mil pactos poco honorables consigo mismo y con el ambiente.

Pero la adhesión adulta no se contenta con una sintonía en el plano de los valores. Acoge también con espíritu abierto las *aplicaciones* de tales valores que la doctrina moral de la Iglesia hace a los comportamientos concretos. Esta apertura entraña disposición de la mente para asumir aquellas aplicaciones como rectoras de nuestra conducta, y actitud de la voluntad para cumplirlas. Con todo, hay casos en los cuales la conciencia individual no alcanza a percibir aquellas aplicaciones como vinculantes para su conducta actual y concreta. En tales situaciones, será la conciencia –el núcleo más secreto... del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios» (*Gaudium et Spes*, 16)– quien en actitud sincera y fiel ante Él habrá de tomar una decisión responsable.

c) Compromiso apostólico

Por el compromiso militante, el creyente se identifica no ya con las normas, sino con el proyecto mismo de la comunidad. Éste llega a formar parte de su propio proyecto.

La experiencia social y eclesial nos enseña con claridad que la militancia alimenta la adhesión. El paso de destinatario a sujeto activo es capital para favorecer la identificación. Iniciar desde muy temprano a un compromiso gradual y proporcionado es una pedagogía llena de sabiduría.

Notemos que compromiso con la Iglesia no equivale a compromiso intraeclesial. El creyente se compromete con su Iglesia tanto cuando asume el ministerio de la catequesis como cuando, movido por su fe, participa en una asociación sindical. Una Iglesia vigorosa sabe alumbrar continuamente con igual empeño servidores de la comunidad cristiana y artesanos de la sociedad.

Nuestras diócesis han creado en estos últimos años servicios importantes para promover la formación espiritual, teológica y apostólica requerida por las tareas intraeclesiales. La preparación para el compromiso cívico es bastante más modesta. He aquí una asignatura todavía pendiente.

Se trata, en muchos casos, no de ampliar el campo de la presencia, sino de convertir la presencia en compromiso cristiano. Este primer objetivo se consigue cuando los creyentes descubrimos por la fe que somos testigos de Jesús y de la comunidad cristiana en el medio familiar, profesional y social en el que ya estamos inscritos y en virtud de este descubrimiento nos resolvemos a una contribución de servicio y de testimonio.

Se trata, en otros casos, de ampliar la presencia a ambientes o instituciones en las que es posible un real servicio a la sociedad y un testimonio cristiano. La negligencia o el temor a las complicaciones no deberían retraernos de esta presencia.

En cualquier caso es imprescindible iluminar y confortar especialmente este tipo de compromiso cristiano, más necesitado todavía que el intraeclesial, por medio de una formación básica, de una revisión cristiana y de una comunidad creyente de apoyo. De un adecuado acompañamiento depende en buena medida la inserción de la Iglesia en el mundo y la calidad eclesial de muchos cristianos.

CONCLUSIÓN

Toda conversión cristiana es eclesial por varios motivos. Efectivamente la Iglesia es, en primer lugar, *medio* imprescindible para dicha conversión, sacramento primordial de la reconciliación de los hombres con Dios. Por el ministerio de la Iglesia Dios nos concede el perdón y la paz.

La Iglesia es, asimismo, *término* de nuestra conversión. «Quienes se acercan al sacramento de la Penitencia... se reconcilian con la Iglesia, a la que pecando ofendieron» (*Lumen gentium*, 11). Volver a Dios es también volver a casa: a la casa y familia de la Iglesia.

Pero la Iglesia es, además, *sujeto* de una cristiana conversión. «Santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y la renovación» (*Lumen gentium*, 8).

La conversión que postulamos para esta Cuaresma quiere acentuar simultáneamente estas tres dimensiones eclesiales. Se nos invita, antes de nada, a convertirnos por medio de la Iglesia: a reunirnos con mayor frecuencia y mayor fervor en Iglesia para recibir la palabra purificadora y el sacramento reconciliador que ella nos brinda con especial insistencia y abundancia en este tiempo saludable. Si queremos celebrar «con el gozo de habernos purificado, la solemnidad de la Pascua» (*Prefacio I de Cuaresma*), habremos de recibir a través de la Iglesia la gracia salvadora.

Se nos invita también a convertirnos *a* la Iglesia: a restañar y asentar, mediante una adhesión purificada y renovada, los lazos que nos unen a la comunidad eclesial. Éste es el objetivo más explícitamente pretendido por nuestra Carta pastoral y el rasgo más acusado que quisiéramos imprimir a la Cuaresma presente. Queremos recibir la paz de Dios y la paz de la Iglesia. Buscamos reconciliarnos con Dios reconciliándonos con la Iglesia.

Se nos invita, por fin, a vivir *en* Iglesia nuestra conversión. En tiempos en que la adhesión a la comunidad cristiana se ha vuelto difícil, la Iglesia tiene un motivo más para pedir y procurar su propia conversión. Nosotros mismos queremos ponernos en la fila de los que, con la ceniza en la frente, iniciamos el itinerario cuaresmal que va a conducirnos a la Pascua.

Una mujer, miembro singular y eminente de la Iglesia, será nuestra especial acompañante en este itinerario. En efecto, como nos recuerda el Papa Juan Pablo II, «los fieles que todavía luchan por crecer en santidad venciendo enteramente al pecado levantan sus ojos a María, que resplandece como modelo de virtudes para la comunidad de los elegidos» (*Redemptoris Mater*, 6). También nosotros queremos alzar hacia Ella, madre y modelo de la Iglesia, la mirada de nuestras comunidades diocesanas. A Ella queremos confiar el fruto de una verdadera renovación y de una profunda conversión.

Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria
8 de febrero de 1989
Miércoles de Ceniza

- ✠ **José María**, Arzobispo de Pamplona y A.A. de Tudela
- ✠ **Luis María**, Obispo de Bilbao
- ✠ **José María**, Obispo de San Sebastián
- ✠ **José María**, Obispo de Vitoria
- ✠ **Juan María**, Obispo Auxiliar de Bilbao